



OCEANÍA CENTRAL.—Kolia ó antigua embarcación tongiana.

CHINA.

CONSTRUCCION DE UNA IGLESIA: NOTICIAS DE UNA CRISTIANDAD.

El P. Mariano Jimeno, misionero dominico, escribe á su superior desde Tien-tao;



oy á contar á V. R. algunas fechorías que ocurrieron en la reedificación de esta iglesia, tanto por parte de los cristianos como por parte de los mandarines. Pues está claro que, siendo obra de Dios, se había de oponer el infierno y sus ministros.

Pasaré por alto las peripecias por que atravesó esta iglesia desde su principio hasta ser ahora últimamente reedificada.

La obra comenzó por la compra de doce maderos que eran necesarios para las columnas que habían de sostener la bóveda, pero es el caso que estos maderos distaban de mi residencia bastante, y había que mandar barcos para que los trajesen á remolque por el brazo de mar que pasa por delante de la iglesia.

Para ir á buscar los doce maderos era necesario, además de los barcos, sacar antes licencia. En efecto se sacó la licencia y mandé los barcos para el transporte. Mas ¡alabado sea Dios! Ahora dan principio los negocios y peloterías; pues aunque hay privilegio para transportar los materiales pertenecientes á la iglesia, sin pagar derechos de aduana, es necesario ponerlo antes en cono-

cimiento del mandarín. Todo lo hice según ley, y mucho más; pues habiendo en compañía de dicho mandarín tres *gamunes* ó empleados de la audiencia, á todos cuatro les avisé pasándoles mi tarjeta, á la que todos contestaron cortesmente. Una vez avisados, mandé dos barcos para que fuésen á traer á remolque los maderos. Llegaron de vuelta á la aduana casualmente cuando el mandarín había salido de casa. Había entonces un *gamun*, que es el que sustituía al mandarín cuando salía fuera, ambicioso, ratero y sobre todo enemigo de los cristianos. Este infeliz mandó á los esbirros que cuando pasase el primer barco llamasen á los cristianos y que arribasen á la orilla para ver si eran ó no de la iglesia.

Hubieran los cristianos obedecido, si los hubieran llamado antes de llegar. Pero en donde está situada la aduana es un estrecho terrible: allí los barcos corren como vapores, por el ímpetu de la corriente. Ya habían pasado los cristianos del primer barco remolcando seis maderos, cuando sale una nube de esbirros gritando que diesen vuelta al barco porque querían ver si la madera era ó no de la iglesia. Los cristianos les respondían que sí, que era de la iglesia aquella madera, y que les era imposible dar vuelta por el ímpetu de la corriente. Como ya los tenía el *gamun* instruidos, se lanzaron en una porción de barquillos, y dieron alcance al barco cristiano. Sin más razones la emprendieron á palos, á los cuales no dejaron de contestar los cristianos. Mas, concluida la tragedia, todos á una pudieron dar la vuelta al barco y conducirlo á la aduana. Una vez en la aduana, claramente vió el *gamun* que aquellos maderos eran de la iglesia, pues cada uno de ellos iba sellado

con su marca. Llegado el segundo barco, mandó que los seis maderos que remolcaba fuesen atados con los seis anteriores, y que los cristianos se marchasen.

Estaban ya los cristianos, aunque grandemente irritados, dispuestos á obedecer, dejando la madera á disposición del *gamun*, bien persuadidos de que el Padre la haría restituir, cuando uno de los barqueros dijo que estaba herido. Este pueblo, además de ser muy grande, es la gente de mal genio; todos labradores, patanes, atrevidos sobremanera, y temidos por lo tanto hasta de los mismos mandarines. Las heridas del barquero eran sólo unas cuantas contusiones efecto de la refriega que habían tenido en el barco con los referidos esbirros. Cuando oyeron los cristianos que estaba herido el barquero, comenzaron á gritos y amenazas contra la aduana, y hechos una furia se volvieron al pueblo, distante una hora corta.

Entraron en el pueblo á eso de las nueve de la noche gritando y dando voces: «¡Abajo la aduana!» Algunos cristianos pacíficos les salieron al encuentro y les convinieron por su locura.

—¿Pues hombres, no veis que esto es todo negocio de la Iglesia? vayamos al Padre, que ciertamente él lo compondrá antes y mejor.

En efecto: serían las diez de la noche del 20 de septiembre, cuando me ví rodeado de cinco ó seis cristianos los más juiciosos. Despues de referirme el hecho, me dijeron:

—Tememos que el cristiano herido se muera en el barco; es preciso que ahora mismo vengas tú á verte con el mandarinillo, y á exigirle una satisfaccion por su modo de proceder.

Yo, que aunque llevaba poco tiempo en China, sabía lo que son los chinos respecto del octavo mandamiento que hacen poco escrúpulo el quebrantarlo, aunque sean hijos de Dios; no los creí, y así les respondí:

—Vamos poco á poco, las cosas que se hacen con precipitacion no salen bien: ¿qué haremos con ir á estas horas gritando por esos caminos, cargados de palos y linternas? ¿No conocéis que está fuera de razon? Mañana al amanecer buscadme silla, id vosotros á llamar al P. José, indígena, que le entenderán mejor que á mí, irémos á la aduana, y pedirémos al *gamun* la satisfaccion que deseais.

Antes de la aurora al otro dia, vinieron á la iglesia á buscarme: salí fuera á hablar con ellos, cuando me encontré con una nube de chinos dispuestos todos á seguirme.

—¿A qué tanta gente? les dije. No saldré de casa como vengais más de los necesarios.

Nombré los que habían de venir y despedí á los demás, los cuales aunque por no darme disgusto se esparcieron, todos por último llegaron á juntarse en la aduana. Nos presentámos en la audiencia el P. José indígena y un servidor; pasé tarjeta al *gamun* dos veces; mas ó fuese miedo, pues había mandado cargar los cañones y armado á todos sus dependientes, ó fuera desprecio, pues otros dicen que me maldijo al recibir la tarjeta, no se dignó dejarnos ver su hermosa cara. En fin cansados de esperar, nos volvimos cada uno á su iglesia.

Subí á visitar al P. Coltell, que es mi superior; le dí cuenta del hecho, y de las amenazas que hacían los cristianos de ir á tomar justicia por su mano si no acusá-bamos al atrevido *gamun*. Me mandó el P. Coltell ir á la villa de Fo-gan, en donde con el P. Paulino y los

cristianos más inteligentes, me mandó escribiésemos una relacion de lo ocurrido y se la mandásemos al mandarin principal, más en forma de súplica que de acusacion, rogándole se dignase componer el negocio en paz.

Todo se hizo con la mayor exactitud. La respuesta del mandarin fué satisfactoria: «que no pase pena el misionero, respondió, yo haré que se le restituyan los maderos y que todo se arregle en paz.» Sólo esto bastó para mitigar los ánimos de los cristianos irritados en el primer ímpetu terriblemente, pero irritados con el ímpetu chinesco, que con un grito que dé un borracho se encienden, y con una voz de paz de un tonto, aunque sea una mentira como un carro, se apaciguan. En efecto, á la voz pacífica del mandarin (que en general son los más embusteros que cobija el sol) todo el mundo calla.

Cuando el *gamun* atrevido supo lo bien que había contestado el mandarin á nuestra exposicion humilde, temió por su suerte, pues de veras que si el mandarin hubiera sido justo le hubiera costado nada menos que su empleo; pero ¡oh virtud de las chapecas! le untó los dedos y le tapó los oídos con plata pura, que no pudiese oír ni hablar otra cosa que lo que el oferente quería. Allí le dijo mil trapacerías y mentiras, mil calumnias é infamias contra los cristianos y contra mí. De tal suerte que el que antes nos quería ser favorable se hizo despues nuestro mayor enemigo. Dió á luz un edicto bastante indecente contra nosotros, en especial contra los cristianos. De este edicto se mandó un ejemplar al señor Gentili, residente en Foo-chew, suplicando á S. S. se dignase ver de componer el negocio en la capital, una vez que el mandarin de Fo-gan, sin razon ni justicia maltrataba nuestro honor por palabra y por escrito. El resultado fué que de Foo-chew le vino una orden que no le agradaría mucho: fué esta que quitase el edicto de las esquinas, y que se viese con el misionero.

Bastante humildad tuvo. A los pocos dias apareció por este pueblo con toda la *turba magna* y gran copia de soldados. Despues de las correspondientes cabezadas y *rendibús*, entramos de lleno en el asunto; prometiendo que se restituiría la madera á la iglesia y que obligaría al *gamun* á dar una satisfaccion. Promesas más halagüeñas no se podían esperar. Pero el que conozca un poco la falsedad del corazon de estos mandarines, no se llevará chasco con saber que hizo todo lo contrario de lo que prometió. Primeramente en connivencia con el *gamun* famoso parece que escribieron al Gobernador de Foo-chew, que segun noticias era pariente aunque lejano del *gamun*, que el misionero se había extralimitado en las exigencias *injustas* que hizo al mandarin cuando le visitó. Que este misionero, sin atender á lo que son los cristianos, esto es, inobedientes á las leyes, les seguía á ojos cerrados, y por último que por seguir á ojos cerrados á los cristianos se había entremetido en un negocio, muy fácil de componer al principio, pues en su origen no fué nada, y ahora acumulando mentiras y escribiéndolas á las autoridades superiores engañándolas, ha conseguido hacerlas creer que nosotros no lo queremos componer. ¡Infeliz! Si tu padre el demonio te ha de premiar los adelantos que hiciste en la escuela de la mentira, de seguro que mereces buen premio, pues te digo que saliste un discípulo bien aprovechado. En primer lugar es falso que hiciese injustas exigencias al pedirte mi madera y pedirte cuenta porque no sólo no la dejaste pasar, sino porque azotaste á mis cristianos, que ningun pecado habían cometido contra vosotros.

En segundo lugar, es falso que los cristianos no sean obedientes á las leyes; las obedecen mil veces mejor que los gentiles: pues si éstos obedecen sólo *propter gladium*, aquellos obedecen *propter conscientiam*, y es cosa bien experimentada, que el que obedece por miedo al azote, quebranta la ley casi siempre que puede evadir el golpe: no así el que obedece por Dios y por su conciencia, cuyo dictámen y remordimiento le es difícil evitar.

Pero el que tiene sal de veras es el tercer capítulo acusatorio. *In primis* no es cierto que siguiere el parecer de los cristianos á ojos cerrados. De veras, que si yo hubiera seguido el parecer de los cristianos cuando querian ir á destruir la aduana la hubiera errado solemnemente; siendo el mayor de los males que habrian tenido origen de ese error, el contento que hubiera proporcionado al Padre del pueblo (asi se llaman los mandarines por ironía) con motivo de los vejámenes que hubiera hecho sufrir á los cristianos pasada la trifulca. *Que me entrometi en un negocio...* Pues lástima seria que estando nuestras personas, nuestras iglesias y los pocos utensilios que tenemos al abrigo de los privilegios concedidos por el Emperador, no pudiésemos al vernos damnificados por un mequetrefe ambicioso, pedir justicia y exigirla, acusándole á las autoridades superiores. *El cual negocio al principio fué fácil de componer, pues no era nada.* Y tan fácil como era el componerlo; con solamente que el *gamun* me hubiera dado la cara cuando fui á visitarlo á la audiencia, estoy muy cierto que se pudiera haber compuesto muy fácilmente. ¿Y por qué no respondió á mi invitacion? Porque queria humillar á la Iglesia por el odio que la tiene. Fueron ellos, pues, la causa de no haberse compuesto el negocio en su primera etapa.

Resultado, que las autoridades superiores, en contestacion á las acusaciones dichas, dieron á luz otro edicto, que mandaron pegar en las esquinas; en el cual despues de avisar al misionero que no debía seguir á los cristianos á ojos cerrados, les amenazaba terriblemente si no obedecian las leyes.

Como vimos que el negocio se iba complicando cada vez más, volvimos á escribir al Sr. Gentili. Dicho señor alcanzó de las autoridades de Foo-chew que viniese un delegado á examinar directamente el negocio.

Cuando los mandarines y *gamunes* supieron la llegada del delegado, hicieron todo lo que pudieron, si no para sacar utilidad de la visita, pues segun dicen ofrecieron gran suma de dinero al delegado, á lo menos para inutilizar nuestros esfuerzos porque se nos hiciese justicia. Lo primero que le dijeron, segun el mismo delegado me contó despues, fué que ya no tenia objeto su venida, pues ya el negocio estaba felizmente compuesto. Oido esto, se hubiera vuelto inmediatamente, por instigacion de los mandarines, á no tener en su poder una carta que el mismo Sr. Gentili le entregó para mí. Esta indudablemente le detenia, pues á decir verdad, aquel delegado ó mandarin me pareció menos torcido, por no decir más recto que otros mandarines.

Ya habian pasado tres dias que estaba en la aduana, sin presentarse, cuando nosotros supimos la trama de los mandarines. Le escribimos una carta muy atenta rogándole se dignase venir á la iglesia, puesto que habia sido comisionado por los superiores para que me viniese á visitar, y examinar en mi compañía el negocio y arreglarlo lo más pronto posible. Cuando el delegado

leyó *arreglar el negocio*, conoció que era falso lo que la gamunería le habia dicho de ya estar compuesto; y así propuso venir á visitarme al dia siguiente.

En efecto, así lo hizo: le contamos todos los pormenores del negocio, y convencido de que la justicia estaba de nuestra parte, él tambien se puso por nosotros, prometiendo dar exacta noticia del hecho é injusticias de los mandarines y *gamunes* á las autoridades superiores. ¿Y lo cumplió?... Cosa rara en un chino trabajar de balde. Sea lo que fuere. Primero el mandarin de la villa fué depuesto á los pocos meses de ocurrido el negocio. Al mandarin menor dicen que tambien le disminuyeron la paga en castigo. Al *gamun* famoso y el que debía haberlo pagado por todos, por ser pariente del gobernador de Foo-chew ó de otra alta dignidad, le obligaron sólo á pagar todos los gastos que hizo el misionero con los enfermos, esto es, con el barquero apaleado y otro que tambien recibió alguna herida en la palestra; y además á pagar los gastos que hicieron los cristianos en componer el barco. Esta es la primera parte de la sentencia; la segunda parte, que él y no otro habia de restituir la madera á la iglesia. De veras que desde que la Iglesia de Dios ha tenido negocios turbulentos en China, con dificultad se hallará otro tan bien compuesto.

Voy ahora á hacer á V. R. una breve descripcion de la forma y figura de esta iglesia. ¿Pero cómo, si todavía no he dicho nada á V. R. acerca de la causa formal (que es sin duda lo que más desea saber V. R.) de la reedificacion de la iglesia? En otra me parece dije á V. R. que era necesario reedificar esta iglesia porque el *anay* la puso en un estado que amenazaba ruina, y ésta es la causa material. Ahora digo á V. R. que era necesario levantar esta iglesia por la multitud de adoradores del verdadero Dios que habitan en este distrito. Y esta fué la causa formal: acerca de lo cual, aunque sea por modo de digresion, diré cuatro palabras á V. R.

Este distrito de Tein-tao, sin contar el de A-pui, del que cuida un Padre indígena, y cuya relacion va siempre unida con la de éste, porque cuando eran pocos los cristianos cuidaba de los dos un solo Padre ó misionero, es de los más grandes de la Mision de Fo-Kien. No digo en extension sino en el número de cristianos.

En el cómputo que hice el año pasado y que mandé al vicario provincial, se contaban 3,020 cristianos, diseminados en 33 pueblos. Estos componen nueve cristiandades, á donde el misionero acude á administrar los santos Sacramentos y á predicar la palabra de Dios. De estas nueve cristiandades, solas tres tienen iglesia, en las demás se hace la administracion en casa de algun cristiano decentemente adornada. Hay además en este distrito, que los cristianos distan muy poco de la residencia del Padre misionero; así es que, además de la administracion anual, en que el misionero va á su pueblo, ellos casi todos pueden venir los domingos y fiestas á oír Misa y el sermón. Y en las grandes festividades, aunque la iglesia es muy capaz, pudiendo contener en su recinto 2,000 cristianos, se llena completamente.

Entre todos los pueblos del distrito el de Te-in-tao es el mayor y el que contiene mayor número de cristianos. El sólo cuenta dentro de sus muros 1,400 cristianos. Es verdad que la mitad son bastante tibios, quiero decir para confesar y comulgar. La causa es el roce que necesariamente tienen con los gentiles, de los cuales es una tercera parte del pueblo. Sin embargo, si el catequista

va á llamarlos, ellos vienen de buena gana, diciendo que no venian, porque nadie iba á despertarlos de su sueño. Entre las mujeres tambien hay de todo: fervorosas y tibias. Pero en éstas la tibieza no es tan culpable como en los varones; pues atendida la condicion de las mujeres chinas, que de por sí son en extremo vergonzosas, no se atreven á salir de casa por no ser vistas, y de aquí es que muchas pierden el fervor que tendrian si viniesen con frecuencia á oír Misa, confesar y comulgar. Hay tambien en este distrito un considerable número de beatas; sin contar treinta que habitan en este pueblo, hay otras tantas esparcidas en diferentes pueblos. Estas son mujeres, que renunciando al matrimonio, quieren permanecer solteras, ordinariamente hasta la muerte, pues sería muy mal visto entre los cristianos y aún entre los gentiles vecinos, el que una jóven que se determinó á ser beata quisiese despues casarse. Estas por lo regular hacen en sus casas una vida como la puede hacer una monja en su convento. Renuncian las vanidades y espectáculos del mundo, y no cuidan más que de santificarse, y dar buen ejemplo á los demás. Muchas ganan la comida con el trabajo de sus manos. Tienen varias reglas establecidas por los superiores, las que observan con puntualidad. Instruyen á las niñas y consuelan á las enfermas. Tienen una superiora, ó que hace las veces, y ésta determina cuál puede ir á consolar á tal enferma y cuál no. En fin, sin lugar en donde poder instruir estas almas que aspiran á la perfeccion, Dios nuestro Señor las conserva puras de los contagios del mundo hasta la más avanzada edad. Todo esto es un milagro patente de la devocion grande que tienen á la santísima Vírgen y á su santísimo Rosario, siendo raro encontrar, no digo beata, sino un cristiano medianamente fervoroso que no lo rece entero todos los dias.

Ya ve, pues, V. R., cuán necesario fué volver á reedificar ésta iglesia tanto material como formalmente. Bien lo conocieron los superiores de la Mision; por eso, visto el estado en que se hallaba pusieron manos á la obra para volverla á reedificar.

Bajo los auspicios de nuestra santísima Madre del Rosario, á quien se encomendó la obra, se dió principio á la destruccion de la iglesia antigua con grande alegría de todos los cristianos del distrito, que á porfía se esmeraron en ayudar al Padre misionero. Tomó á su cargo la obra el M. R. P. Fr. José Coltell, entonces vicario provincial, anciano de setenta años de edad, y que ya lleva cinco ó seis iglesias levantadas.

En fin, para cumplir mi cometido y no ser demasiado largo, me parece que bastará decir cuatro palabras sobre su forma y figura, longitud y latitud, con lo que V. R. podrá formarse idea de lo que es esta iglesia.

Tiene tres naves. La del centro es de estilo toscano. Su bóveda descansa sobre una cornisa de piedra, que si bien por no admitirlo el estilo no tiene los adornos del dórico, no deja de dar á la nave una perspectiva grandiosa. Las otras dos naves son más sencillas, y en vez de bóveda como la del centro, su techo es un hermoso artesonado, bastante bien trabajado. La iglesia mide ciento y dos piés desde el vestíbulo hasta las gradas del presbiterio por sesenta de latitud. El presbiterio tiene tanto de longitud como latitud tiene la iglesia, por unos diez y seis piés de latitud. De suerte que desde el vestíbulo hasta el pié del altar mayor hay ciento diez y ocho piés de longitud. Y á pesar de ser tan grande, es tanta la multitud de cristianos que acude en las fiestas solem-

nes, que se tienen que abrir las puertas del atrio, desde donde puede oír misa multitud grande que no cabe en la iglesia.

Sobre la decoracion de la iglesia, ¿qué quiere V. R. que le diga? si hay sencillez sublime, entonces esta iglesia es de lo más grandioso; sus altares colaterales, á pesar de todos los esfuerzos, sencillos; sus imágenes, pinturas, vasos sagrados, todo sencillo; el altar mayor, donde tiene su trono nuestra santísima Madre la Reina del santísimo Rosario, sencillo tambien; pero para estas tierras y para estos pobres neófitos todo es muy bello y muy hermoso, y sobre todo que hecho ya lo más, poquito á poco y con la ayuda de Dios nuestro Señor y de buenos corazones se irá embelleciendo y mejorando.

Concluiré esta relacion diciendo á V. R. cuatro palabras sobre la apertura de esta iglesia. Con la debida autorizacion se designó el 12 de octubre del 82 para tan solemne funcion. Invité á todos los Padres; ocho fueron los que se dignaron honrarme con su amable presencia. Ya de antemano teníamos ensayada la Misa del Rosario. Ofició el P. Pla, haciendo de Ministros dos Padres indígenas. Debía predicar otro de los Padres indígenas, pero al ver la algarabía que había en la iglesia convinimos en no predicar. El ruido consistia en que, como ya había pasado una generacion desde que esta gente no había visto funcion tan solemne, Misa de tres, cantores, armonium, ocho sacerdotes, vestiduras sagradas tan hermosas, etc., estaban como fuera de sí. Añádase á esto que gran parte eran gentiles, ya del pueblo, ya de otras partes, que aunque tengan que doblar la rodilla al Dios que no conocen, no les importa nada, con tal de saciar su curiosidad.

En fin todos querian arrimarse al presbiterio y esto era imposible, y de ahí los empujones y gritos.

Concluida la funcion, cada cual se fué á su casa, muy satisfechos con tener algo que contar á sus biznietos.

Concluyo pues, dando á V. R. las más expresivas gracias por lo que ha contribuido á la reedificacion de esta iglesia, lo mismo que á todos los demás que de alguna manera me han ayudado.

TUNG-KING ORIENTAL.

TURBULENCIAS EN ESTE REINO: PENALIDADES DE LOS MISIONEROS.

El P. Angel Iglesias, misionero dominico, escribe al Padre Provincial desde Hai-Duong:



Como la pluma á fin de dar á V. R. noticias que no alegrarán su corazon de padre, antes por el contrario, le harán concebir tal vez algun temor por estas nuestras queridas Misiones.

No se me oculta que por los periódicos ya sabrá V. R. todo lo ocurrido en este reino; pero como en los periódicos se dice lo que hay y tambien muchas veces lo que no hay, y por otra parte tengo ocasion oportuna de escribir, pues de no hacerlo ahora, despues ó sería imposible ó á lo menos muy difícil, quiero aprovechar ocasion tan propicia.

Los chinos y anamitas habían determinado atacar todas las capitales á un tiempo: aunque no ha sucedido así, no obstante el 13 de octubre de 1883 los chinos y anamitas, en número de 4,000 y tal vez más, atacaron á las diez y media de la noche la capital oriental Hai-Duong, durando el tiroteo, que nosotros oíamos muy

bien desde el Ke-Mot, como de tres á cuatro horas. Esta vez los chinos no lograron hacer nada, pues los franceses encerrados en su fuerte eran inexpugnables.

El Sr. Terrés, que se hallaba en casa durante el ataque, estaba grandemente sorprendido, pues nunca hubiera creído que los chinos tuvieran tanto atrevimiento que se arriesgaran á atacar la capital.

Así opinaba el Sr. Terrés; pero ahora que conocemos, pues los hemos visto, los fusiles que poseen los chinos, y en su mayor parte los anamitas; que sabemos tienen cañones europeos y todo lo necesario para poder hacer la guerra; y que por otra parte, parece que hay una mano oculta que gobierna todo esto; no solamente el Sr. Terrés, sino todos los misioneros, creemos que pueden habérselas con los franceses y darles bastante que hacer.

Rechazados los chinos por esta vez, con bastantes bajas, se retiraron aunque no muy lejos de la capital, para prepararse otra vez, reuniendo entre tanto todo lo que habian robado en dicha ciudad.

El día 17 volvieron los chinos y anamitas; y una vez fortificados en las casas de la capital, cuyos chinos eran cómplices, así como la mayor parte de los anamitas; á las cuatro de la mañana rompieron el fuego contra la ciudadela y el fuerte en que se encontraban los franceses.

Como tienen de costumbre los chinos, para saber la hora en que habian de atacar consultaron la pata del gallo, y ésta parece que señaló á media noche; pero no se sabe, si es que no señaló de un modo claro, ó qué sucedió, lo averiguado es que los chinos repitieron el experimento, y entonces señaló las cuatro de la mañana de dicho día.

¡Providencia especial de Dios! Si los chinos en lugar de atacar á las cuatro de la madrugada, lo hubieran hecho á media noche, como segun sus supersticiones parece debía ser, ¡pobres Misioneros y pobres cristianos!

En toda la capital no habia más de 300 franceses, con algunos voluntarios anamitas: los franceses, atendido el poco número, tenían por costumbre quedarse de noche todos en el fuerte, pero aquel día se quedaron algunos en la ciudadela, y hé aquí que se ven sorprendidos cuando menos lo pensaban por cerca de 5,000 hombres bien abastecidos y con cañones y armamento europeo.

Los franceses que estaban en el fuerte, intentaron varias veces salir á socorrer á los de la ciudadela; pues no se les ocultaba que era muy fácil quedaran envueltos en medio de tanto chino; y tantas cuantas veces salieron, otras tantas tuvieron que retirarse sin poderles socorrer.

Esta vez hay que hacer justicia á los franceses, pues un puñado de gente se sostuvo contra cerca de 5000, desde las cuatro de la mañana hasta las diez ó diez y media de la misma, hora en que por providencia especial de Dios apareció el vapor denominado *Lynx*, verdadero salvador de la plaza y de los cristianos y misioneros.

Dicho vapor se encontraba cerca de la capital Bac; y aún cuando las órdenes que tenia eran permanecer en dicho sitio, al oír tanto cañonazo no pudo detenerse, y tomó la direccion de la capital Hai-Duong. Dió la casualidad que, al pasar dicho vapor por el rio del Ke-Mot, en donde nos encontrábamos el Padre vicario, P. Maximino y yo, nos avistásemos con él, pues salíamos en un barco para refugiarnos en otro pueblo de la orilla opuesta por no considerarnos seguros en el Mot,

atendidas las intenciones de los chinos y anamitas de entrar á destruir el pueblo. Nos preguntó hácia qué parte eran los cañonazos; y una vez que supo definitivamente el lugar, apretó la máquina, y aún no habíamos llegado nosotros al pueblo, cuando empezó á descargar sobre los chinos.

A todo esto, nosotros ignorábamos el resultado de la batalla; por una parte sabíamos el poco número de los franceses y la multitud de los contrarios; y por otra, estábamos plenamente convencidos de que, si los franceses perdian, despues empezarian con nosotros y con los cristianos, como lo habian publicado á los cuatro vientos; así que procurámos estar escondidos en casa del prefecto, que era cristiano, y aguardar noticias para saber el partido que habíamos de tomar.

Eran las cuatro y media de la tarde y el vapor seguía lanzando bombas sobre los chinos; y á no haber venido dicho vapor, segun opinion del Sr. Terrés, que estaba presenciando la batalla desde un barquichuelo, la muerte de los franceses, á lo menos de los que estaban en la ciudadela, y la destruccion de nuestros cristianos, hubiera sido inevitable; y hé aquí por qué he llamado á dicho vapor el salvador de todos nosotros.

Como cosa de las cinco de la tarde cesó el fuego, y los chinos tuvieron que retirarse con muchísimas bajas: no se sabe el número cierto de ellas, sólo sí que, queriendo atacar de nuevo, desistieron porque vieron les faltaba mucha gente. La capital, exceptuando la iglesia y casa de misericordia, está por el suelo; pues los franceses, para poder desalojar á los chinos, usaron del único medio que tenían á la mano, cual era pegar fuego á las casas.

Una vez que los franceses hubieron conseguido esto, la huida de los chinos se verificó al momento. Y ¡qué destrozos! tan confiados estaban los chinos de ganar la batalla, que todos los comerciantes cómplices en nada se cuidaron de sacar todos sus haberes; así que fueron pasto de las llamas; y lo poco que se pudo salvar cayó en manos de unos cuantos perdidos, pues una vez acabado el fuego, los franceses dieron licencia para entrar á saqueo.

Ya que he dado á V. R. alguna noticia de esta capital, pasaré á hablar algo de lo que sucedió por el Ke-Mot y sus cercanías, antes y despues de los ataques de los chinos arriba mencionados.

Desde que se dividió el vicariato, el Padre vicario y yo permanecíamos en el Ke-Mot, y el Sr. Colomer con los PP. Velasco y Fernandez, unas veces en el Ke-Ne y otras en el Mot, á causa de lo revuelto que estaba lo demás. Cuando los chinos atacaron la primera vez la capital Hai-Duong, nos hallábamos todos reunidos en el Mot, con casi todos los haberes del vicariato, que el P. Wenceslao habia tenido que traer del Ke-Ne; porque el mandarín, que aún está en buenas relaciones, le mandó aviso que se pusiera en seguro: pero como en estas ocasiones la reunion de cinco europeos pudiera haber dado que sospechar á los chinos y anamitas, el Sr. Colomer determinó que el P. Wenceslao y yo nos quedáramos con el Padre vicario en el Ke-Mot.

En el entretanto atacaron los chinos segunda vez la capital; y fué cuando determinámos refugiarnos en el pueblo cristiano que está en la orilla opuesta, por lo que pudiera suceder, pues no sabíamos el resultado de la batalla. Allí permanecimos todo el día 17; y cerca de la noche vinieron los catequistas con la noticia, de

que los chinos habían sido derrotados, y que el capitán del vapor *Lynx* que habíamos encontrado deseaba habernos.

Al día siguiente después de haber celebrado el santo sacrificio de la Misa, determinamos que el P. Maximino bajara á visitar á dicho capitán, y el Padre vicario y yo pasamos el río para ir otra vez al Ke-Mot. Apenas haría cinco minutos que estábamos sentados en casa, cuando de repente observamos que los trabajadores que había en la huerta salían corriendo hacia el pueblo.

Al pronto no se nos ocurría lo que pudiera ser, pero el bombo de la iglesia que tocaba á rebato nos indicaba bastante el motivo de semejantes correrías. Acto continuo, el Padre vicario y yo echamos á correr para refugiarnos en el barco que ya de antemano estaba preparado; pero al llegar al lugar donde debíamos encontrarlo, nos hallamos sin nada; nos abrimos paso por entre las cañas, no sin dejar antes parte de la ropa entre ellas, lastimándose además el Padre vicario.

Una vez en el barco, y después de dar órdenes para salvar la plata y demás que se pudiera, nos encaminamos al río; pero apenas habíamos salido, cuando vemos cuatro barcos llenos de gente con banderas blancas y encarnadas. Al pronto nos creímos perdidos, pues pensábamos nos habían cercado por tierra y por agua: sin embargo, esperamos un poco, y vimos ya con alegría que pasaban á la orilla opuesta del río. Como aún el bombo seguía tocando, y nos decían que habían entrado ya en un pueblo cercano llamado Phu-Loc, permanecemos escondidos en el barco, hasta que á poco nos vino noticia de que podíamos volver.

Volvimos pues, y supimos lo que había ocurrido: y fué que unos cincuenta anamitas venían huyendo de la capital, y los centinelas del pueblo, tan pronto como los vieron, tocaron el bombo para que el pueblo saliera á defenderse, pues no les constaba de la intención de cincuenta hombres armados, máxime, cuando sabían los deseos que tenían de destruir el Mot y demás pueblos cristianos. Ellos, á lo que parece, pidieron con mucha sumisión que les dejaran pasar por el pueblo; pero el prefecto, antes de consentir en semejante pretensión, les obligó á dejar las armas como condición necesaria, á lo que parece accedieron, y después pasaron el río.

Estando en esto, tuvimos noticia de que el vapor subía hacia el Mot, y en efecto; á los pocos minutos tuvimos el gusto de saludar al capitán D. Eugenio Blouc en cuya compañía venía el P. Maximino Velasco. Permaneció como hora y media en el Mot, y entretanto procuró enterarse de la posición de los pueblos ocupados por los chinos, que eran los pueblos inmediatos al Mot, y cuyo centro estaba en el llamado Bin-Quan.

Como el P. Isidro y yo acabábamos de llevar aquel susto, y la llegada al Mot del vapor no se ocultaba á los chinos, se le propuso al capitán si tendría á bien recibirnos á bordo, á lo que accedió gustoso: y en su consecuencia, el P. Maximino y yo nos marchamos en el vapor, quedando en el Mot solamente el Padre vicario.

Bajamos, pues, á la capital, y entramos á visitar al Sr. Terrés. Salimos en su compañía á ver la capital, y después de dar un paseo por estas calles, antes llenas de gente, y ahora tan despobladas, nos retiramos para comer.

Aún no habíamos acabado, cuando entró un Padre indígena con la noticia de que él mismo había visto los chinos en las cercanías de la capital. Semejante noticia,

juntamente con la huida de los pescadores y correrías de la gente, nos hizo creer que era cierto lo que se decía; así que, inmediatamente salimos el P. Maximino y yo en dirección del vapor, quedando el Sr. Terrés á la mira de lo que pudiera ocurrir.

Llegamos al vapor y dimos la noticia, y en vista de esto, aún cuando el capitán tenía intención de volver con nosotros al Ke-Mot para ver si ocurría novedad, se quedó en la capital, y el P. Maximino y yo continuamos nuestro viaje hasta dicho punto, al cual llegamos sin novedad á media tarde.

Permanecemos en este punto algunos días, pasando en verdad malos ratos, pues á cada momento estaban llegando noticias de que los chinos entrarían á destruir el pueblo; y ya fueron un día tan alarmantes las que recibimos, que aunque tarde, determiné bajar al vapor para dar cuenta de lo que ocurría, ya que tan dispuesto estaba el capitán á socorrernos en lo que pudiera.

Y en efecto; al día siguiente subí con el vapor al Mot para girar una visita y observar si había novedad, pero todo lo encontramos en el mismo estado. Yo, sin embargo, determiné quedarme en compañía del Sr. Terrés en esta capital, y aún permanezco aquí, pues el Sr. Colomer ha creído muy oportuno el que nos distribuyamos en varios puntos, no sea que, lo que Dios no permita, si hubiera alguna desgracia, nos cojan á todos reunidos.

El vapor de que acabo de hablar á V. R. subió otras varias veces al Mot; y en dos ocasiones hizo fuego sobre los chinos, logrando desalojarlos de las cercanías de nuestro pueblo.

El resultado de todo no sabemos cuál será; cada día se van levantando más soldados ó guerreros como aquí se dice, y los franceses no se mueven, y á este paso, quizás llegue un día en que ni toda la Francia pueda con ellos. Mal está todo, es cierto; pero si hemos de juzgar por lo que el Padre procurador de Hong-kong escribe, se pondrá peor; pues dice que el embajador de China en París ha dicho, que el menor movimiento de los franceses sobre la capital del Bac será considerado como *casus belli*; y que inmediatamente, las tropas chinas acantonadas en la frontera se desbordarán sobre el Tung-king para luchar y acabar con los franceses; y que así, encarga á los señores Obispos tomen pronto las medidas necesarias para evitar una catástrofe.

No sabemos si será cierto; mas sospechamos nosotros que la Francia se retirará al ver que le cuesta tanto dinero y tanta gente, y entonces acabarán con nosotros; y no será necesario prometer treinta barras de plata al que coja á un obispo, veinte un misionero, etc., etc., como lo hacen ahora.


Esto es lo que me ocurre escribir á V. R. No le digo más miserias, no porque no haya, sino porque supongo que algún Padre lo hará después: yo solamente he querido aprovechar la ocasión de mi estancia en la capital, porque desde aquí es más fácil el que esta carta llegue á manos de V. R. aprovechando la marcha de un vapor para Hai-Phaong: desde otro punto, ó sería difícil, ó tal vez imposible, y me exponería á que el cartero perdiera la cabeza, como ha sucedido ya con algunos.

Ya ve V. R. qué circunstancias tan difíciles estamos atravesando, sin poder salir de casa, y en algunas ocasiones ni siquiera en casa se puede estar: así que esperamos de V. R. y demás Padres que con sus fervorosas oraciones y sacrificios nos ayudarán para que el Señor nos devuelva pronto la paz.

AFRICA OCCIDENTAL.

TRADICIONES RELIGIOSAS DE LOS HABITANTES DE ANNOBON:
SU CARÁCTER: INTERÉS POR LAS MISIONES.

De un periódico católico tomamos la siguiente carta, escrita de Santa Isabel (Fernando Poo) con fecha 24 de diciembre.

 REO será del agrado de V. una relacion sucinta del viaje que acabamos de hacer á todas las posesiones españolas del Golfo de Guinea. Los datos que he tomado acerca de los usos y costumbres de los habitantes de Annobon revelan claramente la sencillez é inocencia de aquellos olvidados y casi desconocidos isleños.

La goleta *Ligera* se vió precisada á hacer este viaje por saber que los franceses y alemanes se habian introducido, ó á lo menos lo pretendian, en los abandonados territorios españoles. Aprovechando una ocasion tan oportuna, y accediendo á los deseos que el señor gobernador y el señor comandante de la goleta tenian de que fuésen dos Padres misioneros, nos embarcámos para Annobon, que era el primer punto en donde debía detenerse la goleta. El viento siempre nos fué contrario: dejámos la isla del Príncipe á babor, y pasámos junto á la de Santo Tomás, cuya parte Norte parece un jardin por lo muy cultivada que está, y por las muchas plantaciones que en ella hay, sobre todo de café y quina.

Despues de tres ó cuatro días de vapor llegámos á la isla de Annobon. Eran ya las ocho de la noche; fondeámos junto á la poblacion que los portugueses llaman San Antonio de Praya, y sus habitantes encendian grandes hogueras, á fin de que viésemos los muchos bancos, arrecifes y escollos que hay en aquella playa. Aún no estábamos fondeados, cuando vinieron dos ó tres cayucos cargados de negros, que daban fuertes gritos y nos hablaban en inglés. Pero ¡qué impresión tan agradable experimentaron cuando supieron que éramos españoles!

—¡Ah! Vds. son españoles, nos respondieron; nosotros tambien somos españoles; nosotros no queremos ingleses, ni franceses; nosotros españoles, católicos, apostólicos y romanos.

En seguida que estuvieron arriba, empezaron á contarnos sus aventuras; dijímosles por qué no habia venido el gobernador y el *cura*, y nos respondieron que tales personas no andan de noche, y que vendrian la mañana siguiente.

—Pero si se les ofrece algo, añadieron, aquí tienen Vds. al sub-gobernador.

Era éste un hombre medio jorobado, quien por toda insignia de su elevado cargo llevaba un sombrero de copa muy viejo y mugriento. Hecho el saludo de cortesía, entablámos nuestra conferencia semi-oficial, que no dejó de ser muy curiosa, conviniendo mutuamente en que al siguiente día se celebrara en torno de la *Ligera* una especie de mercado.

Aún no habia amanecido cuando la goleta estaba ya rodeada de más de cien cayucos; parecia una feria; algunos traian huevos y gallinas; otros bananas, moniatos y mariscos. Nadie admitia dinero; unos pedian á trueque prendas de vestir, como camisas, pantalones, chaquetas, etc.; otros pretendian objetos de cristal, otros medicinas, etc.; con la particularidad que si se les ofrecia un objeto diferente del que cada cual se habia propuesto obtener, ya no admitian el contrato. Recuerdo

de un jóven que llevaba á cuestas un puerco de unos quince kilógramos de peso.

—¿Cuánto quieres por él? le preguntó un oficial.

—Quiero un garrafon vacío.

—No tenemos garrafones; ¿quieres esta levita ó este pantalón?

—No, señor; quiero un garrafon.

—Y por no haber garrafones se volvió al pueblo sin haber vendido lo que traía. Otro, que dijo era uno de los médicos de la poblacion, traía huevos y gallinas para vender.

—¿Cuánto quieres de todo esto? le dijo el médico de la goleta.

—Quiero, respondió el otro, *ventosas, sal de higuera y ungüento de Pedro Fernandez*.

Por más que se le ofrecieron otras cosas, continuó siempre pidiendo lo mismo: cansado ya nuestro médico, iba á darle un poco de agua colorada, cuando el señor comandante le ofreció una lanceta; la cual prefirió al ungüento que con tantas instancias habia pedido.

Lo que más nos sorprendia era el modo con que nos saludaban.

—Buenos dias, señor Padre, nos decian quitándose el sombrero; ¿quieres ser mi camarada? ¿cómo te llamas?

—Yo me llamo Pedro, le respondí.

—Yo me llamo Pedro tambien; ahora somos camaradas y tocayos.

Lo mismo preguntaban á los oficiales y marineros.

Por fin llegó el gobernador de Annobon, que es un jóven negro de unos veinte y siete años; se daba mucho tono; iba de pié en el cayuco, seguido de un asistente que le tenia el *quitasol*, y acompañado del *cura* y del maestro de escuela. El que ellos llaman cura es ahora un negro de unos treinta y dos años, de estatura mediana, y anda vestido de una sotana azul con cogulla. al extremo de la cual hay una borla amarilla; en el cuello lleva un pañuelo negro de seda, y en la cabeza otro blanco á manera de solideo para cubrir su corona ó tonsura. Se mantiene célibe, y no usa de licores fuertes. El maestro, *Schola*, como lo llaman ellos, es bastante anciano; por cuyo motivo tiene ayudante: creo que ni el uno ni el otro saben leer; porque se me presentaron con un abecedario muy viejo, pidiéndome otro nuevo, y ví que no conocian siquiera las letras. Es, sin duda, que aman la tradicion hasta el fanatismo, y quieren conservar lo que habian visto hacer á los misioneros.

Casi todos se nos presentaban con ánimo medio lloroso, y nos decian:

—Padre, por amor de Dios, venga á decirnos *un poco de misa* para que llueva, hace mucho tiempo que la tierra no ve agua, las semillas se pierden, y nos vamos á morir de hambre.

—No siento tanto el hambre, añadian algunos padres de familia, como el que mis hijos carezcan de vestidos con que cubrir su desnudez.

—No temais, les decíamos; nosotros os darémos vestidos, é implorarémos, mediante algunas oraciones de nuestro ritual, la clemencia de nuestro Dios, para que os envíe el beneficio de la lluvia que pedis. Volveos, pues, á la isla, y reunid al pueblo, que allá vamos inmediatamente.

Salámos en tierra, acompañados de dos oficiales de la goleta, y encontrámos todo el pueblo reunido; las dos campanas rotas que tienen repicaban que era un contento. Entrámos en su iglesia, que con ser más gran-

de que la de esta Casa-Mision, se llenó en un momento; y seis metros al rededor de ella estaba todo atestado de gente, que no pudiendo caber dentro, miraba por las rendijas de las paredes lo que allí pasaba. Nosotros nos colocámos en el presbiterio, que estaba cubierto con una especie de estera algo basta, é iluminado con dos ventanas y una lámpara, que arde constantemente con aceite de palma. En esta iglesia no hay más que una especie de altar, que está adornado con dos crucifijos algo grandes, puestos á uno y otro lado de una Virgen, ó no sé qué santa es; delante de cada crucifijo hay un santo de talla, que ellos han vestido de ropa de distintos colores, poniéndole, por remate, un gorro catalan encarnado (barretina). Entre estos dos santos se destaca un sagrario muy hermoso y de estilo semigótico; interiormente está dorado, y contiene un copon, tambien bueno y dorado, aunque sin hostias. Dios sabe los años que hace está allí. Delante del sagrario hay cuatro ó cinco relojes de arena, que los tienen por un adorno muy grande. Más abajo han colocado cuatro cuadros con estampas de señoras inglesas, que les dió un buque que fondeó allí. Ellos, segun se ve, todo lo que tienen por precioso lo ponen en el altar. ¡Tanto deseo tienen de servir á Dios y de darle contento!

Estando, pues, nosotros en el presbiterio, acompañados de dos alféreces de navío, como ya queda dicho, se nos acercó el que ellos llaman cura, y nos dijo que podíamos decir misa cuando quisiésemos. Nosotros le respon-

dimos que no podíamos decirla, por no tener los utensilios necesarios para celebrar el santo sacrificio de la Misa; pero que dirigiríamos algunas oraciones al Altísimo. Antes de esto, no obstante, deseábamos saber cómo hacía él sus funciones, y dijo que estaba muy conforme con ello, y que pronto veríamos cómo las ejercía en los dias de fiesta más solemnes.

Entróse inmediatamente en la sacristía, y al poco rato

sale vestido con un roquete y con un libro en la mano. Al llegar á las gradas del altar, se quitó el pañuelo que llevaba en la cabeza á manera de solideo, y abrió el libro que estaba envuelto con una larga cinta; entonó en seguida el *Deus in adiutorium meum intende*, santiguándose al mismo tiempo, y todos los que estaban presentes contestaron con el *Domine ad adjuvandum me festina*. Cantaron al momento algunos *Kyries* larguísimo, continuando con la letanía de los santos. Al llegar á *Sancte Stephane* se tocaron las campanillas, y cantaron no sé qué en el mismo tono del *Tantum ergo*. Después de largo rato continuaron hasta el fin cantando las letanías.



COSTA DE LOS ESCLAVOS.—Arbol fetiquio. (Pág. 70).

En esto consiste su misa, como ellos me aseguraron, y jamás se ha hecho de otro modo; por lo tanto, no se han de creer los que dicen que celebran con vino de palma, etc. Me edificó sobremanera la modestia, fervor y compostura con que estaban todos en la iglesia; nadie volvía la cabeza de una parte á otra, sino que estaban arrodillados con ambas rodillas y fijos sus ojos en el altar. ¡Dichosos ellos!

Nosotros, para cumplir lo que les habíamos prometido, dijimos las preces y oraciones *ad petendam pluviam*, y les exhortamos á que se preparasen para recibir bien la Misión que Dios les enviaría dentro de poco, y desechasen á los protestantes si alguna vez fueren por allí. Nos prometieron hacerlo, y nos preguntaban con cierta admiración:

—¿Cuándo vendrán los Padres? ¿Dentro de un año?

—No, antes; probablemente dentro de dos meses: pero, ¿los trataréis bien?

—Sí, nosotros siempre católicos y amantes de los Padres.

Entramos en la sacristía, y dentro de tres cofres vimos trozos de dalmáticas y casullas, cuatro ó cinco cálices sin dorar, un misal de Venecia, una custodia muy bue-

na, varias aras sin reliquias, etc., etc. Al salir por la otra puerta de la sacristía, vimos junto al altar una especie de portal hecho de ramas de árbol, adornado con varias frutas del país, dentro del cual había un muñeco recostado en una almohadilla.

—¿Qué es esto? dijimos al que llaman cura.

—Es el Nacimiento de Cristo en el pesebre, nos respondió; hoy es san Estéban mártir, mañana san Juan Evangelista, y pasado mañana los santos Inocentes.

—¿Cómo! ¿ya habeis celebrado Navidad? les dijimos.

—Sí, ayer, nos respondieron.

—Traednos vuestro calendario para ver cómo está esto.

Vino el maestro, *Schola*, llevando en la mano un palo cuadrado. Allí estaban marcados todos los meses;



ZANGUEBAR.—Vista de Bagamoyo.

los días ordinarios los señalaban con una línea, y los extraordinarios con una cruz; y quedé admirado cuando ví que dicho maestro decía exactamente todas las fiestas principales del año y los días que debían celebrarse; según su cuenta iban bien. Pero nosotros les hicimos ver que estábamos en 13 de diciembre, día de santa Lucía; y por lo tanto debían celebrar á su debido tiempo el Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Al salir de la iglesia el cura nos alargó un hisopo para que tomásemos agua; le preguntamos cómo bautizaba, y después de habérmolo explicado, vimos que la forma la dice bien. También nos recitó las oraciones que dice cuando entierran á algun difunto. Pidiéndonos un paraguas que llevábamos, diciéndonos que lo quería para que el sol no tocara á los santos cuando hace alguna procesion.

Visitamos el pueblo, que es bastante grande, y más numeroso y poblado que Santa Isabel; en él, además de la iglesia principal, que llaman de la Concepcion, vimos otra de San Joaquín, otra de San Agustín, dos de San Antonio y una de San José. Las calles son bastante anchas, y á cada cincuenta pasos hay una grande cruz plantada; las casas espaciales y bien construidas; todos andan vestidos á la europea, excepto muchos niños hasta de trece y catorce años, que van del todo desnudos por falta de ropa; á cada uno de éstos les dimos alguna prenda de vestir muy sencillita. Los adultos hablan bastante bien el español, portugués é inglés; pero los niños no hablan ni entienden otro idioma que el de la isla, el cual es por cierto sumamente gutural y complicado. ¡Ah! ¡Cuánto gozámos aquel día! Quedámos admirados del

candor y la sencillez de aquellas gentes, y sobre todo del cuidado especial que Dios tiene de ellos, en conservarlos tan buenos y piadosos. Los Padres misioneros que se establezcan allí estarán como en un paraíso. La isla es muy sana, pero montañosa y estéril, sobre todo la parte Norte; en el Sur se veía más vegetación. Sus pobres habitantes están completamente abandonados, y no tienen otra visita que la de algún ballenero ó barco de guerra inglés. Me he extendido tanto acerca de Annobon, ya porque fué lo que más me llamó la atención, ya también porque se tienen pocas noticias de aquella isla.

De Annobon pasámos á fondearnos en la bahía de Corisco. No vimos al rey del Cabo de San Juan, llamado Boncoro, porque estaba enfermo; ni bajámos á Corisco, porque Inchenche, su rey, vino á bordo de la goleta, cuando ésta se hallaba en Elobey chico. Después entrámos en río Mooney, bastante ancho y caudaloso, cuyas orillas están muy pobladas y son muy ricas en marfil, ébano y palo campeche. Todos son buenos españoles, excepto dos reyes que tienen escritos y banderas francesas. Tanto los de Corisco como los de Cabo de San Juan están aguardando con ansia la llegada de los misioneros que por cierto tendrán que luchar mucho contra la poligamia, muy arraigada en aquellos países, aunque no tanto como en Fernando Poo; de esto se verán libres los que vayan á Annobon.

Después de haber hecho la goleta ejercicio de artillería y fusilería, partimos para Gabon, en donde vimos la floreciente Mision que allí tienen los misioneros franceses. Por fin hicimos escala junto á Cameroon, cuyos indígenas, como V. sabrá por los periódicos, se han sublevado contra los alemanes, causándoles muertos y heridos de gravedad.

EL FETIQUISMO

Ó LA RELIGION DE LOS NEGROS DE LA GUINEA.

I.

Fetiquismo.

Sistema religioso de los negros de la Costa de los Esclavos.

COSMOGONÍA Y TEOGONÍA.

(Continuacion).

III.—GENIOS.

GENIOS MALOS.

Chogudo.

CUANDO los negros quieren guardar un lugar é inspirar terror á fin de que nadie se acerque á él durante la noche, los fetiquistas se dirigen al mismo, y hacen en el suelo un agujero algo profundo, en el que inmolan á los espíritus malos una gallina ú otro animal, y á veces hasta una víctima humana, con objeto de tener un espíritu más fuerte y malvado. Cubren la víctima con tierra, dispuesta de modo que forme un túmulo redondo en cuya parte superior se pone una vasija para la pitanza que ha de ofrecerse á los espíritus. Estos quedan entonces debidamente instalados y guardan el lugar. Los negros temen mucho á los Chogudos, y no quieren pasar la noche en los sitios en que los hay, por temor de que les maltraten los espíri-

tus. El palacio del rey de Porto-Novo está bajo la alta protección de un Chogudo.

Genios de los árboles.

El iroko y otras muchas especies de árboles son considerados como la mansion de los espíritus malos. Al árbol designado como frecuentado por un espíritu, se le marca con una cintura de hojas de palmera: un sendero conduce á él, y contra su tronco se ponen vasijas de barro y osamentas. Merced á esta superstición conservanse los grandes y hermosos árboles que adornan las ciudades y pueblos africanos. No obstante, si se desea uno, y no lo hay en la ciudad, se puede, por medio de sacrificios de gallinas y mediante algún dinero, hacer que el genio se vaya con la música á otra parte. Si un negro va al bosque y quiere cortar uno de los árboles que los genios eligen comunmente, temiendo el espíritu malo, hace fetiquio á su espíritu bueno poniendo un poco de aceite en su frente, y en seguida corta el árbol sin temor.

En Porto-Novo un europeo que no estaba al corriente de las costumbres del país, hizo derribar un árbol colosal que le estorbaba para sus construcciones. El negro que llevó á cabo este trabajo creyó que el blanco tenía autorización, y que había tenido lugar la ceremonia del transferimiento. Mas el rey, al saberlo, sin forma alguna de proceso le hizo cortar la cabeza, diciendo que si el blanco no conocía las costumbres del país, el negro tenía obligación de saberlas.

Los negros están en la creencia de que hechiceros llamados Ajé se reúnen por la noche al pié de esos árboles para venerar el espíritu que en ellos reside. Cuando tales hechiceros quieren vengarse, el espíritu pone á su disposición su mensajero, el ave de noche, el buho, que dirigido por un espíritu inferior, va á la morada de la persona á quien desean quitar la vida, y le devora el corazón durante la noche. Cuando se ve esta ave en una casa, es porque está encargado de matar á alguno: si le pueden coger, rómpenle las patas y las alas, y creen que de este modo hacen el mismo mal al hechicero que lo ha enviado.

Esta superstición es una de las más arraigadas entre los negros, y es causa de no pocas venganzas y crímenes: aún nuestros cristianos difícilmente se deshacen de ellas.

Las mujeres ancianas, sobre todo, son acusadas á menudo de ser ajé. Vese á muchas infelices viejas que tienen que sufrir la prueba de Oncé, y son condenadas á muerte y ejecutadas la noche siguiente. Y lo más singular, es que con frecuencia ellas mismas creen realmente haber cometido el crimen que se les imputa. Sin duda que, para vengarse ó ganar una suma de dinero, han ido al pié del árbol sagrado á pedir al genio que envíe su mensajero para que quite la vida á este ó aquella, y cuando ha muerto la víctima creen que el ave le ha comido poco á poco el corazón.

Entre los negros la magia blanca, cuyo objeto es hacer bien, desviar el mal y curar las enfermedades, está permitida; pero se prohíbe bajo pena de muerte la magia negra ó malhechora. Todo individuo acusado de magia negra, y convicto según las pruebas del país, es condenado á la última pena, y los verdugos le comen el corazón como pena del talion. Muchas veces los negros no aguardan la prueba judicial para vengarse. En un pueblo pequeño cerca de Lagos, un negro y una negra

han muerto con inaudita crueldad á una anciana á la que acusaban de ser *ajé*, y de haber devorado por medio del buho el corazón de sus hijos. Todos los negros están convencidos de que la vieja era hechicera, y esta creencia asegura la impunidad de sus asesinos.

Abiku.

Hay otro genio llamado Abiku, que en lugar de posarse en los árboles fija su morada en el cuerpo del hombre. Los niños que mueren antes de la edad de diez á doce años son llamados también Abiku y nunca se les entierra, sino que se les echa en los zarzales; pretendiendo así castigar al niño y al espíritu.

Hay gran número de espíritus malos llamados Abiku y Eleré, que habitan los bosques y los desiertos, sufren escasez, y apetecen grandemente gozar de las dulzuras que los mortales disfrutan acá en el mundo. A este fin acechan el momento de la concepción, y esperan el paso del alma al cuerpo que ha formado Obatala, y uno de ellos se instala en él después de haber prometido á los otros espíritus sus compañeros hacerles partícipes de los bienes de los cuales va á gozar en este mundo.

Cuando un niño grita y padece más que de ordinario, los negros creen que los espíritus, compañeros de aquel que está en el muchacho, le maltratan á fin de tener más comida. Si el niño enflaquece y enferma, es porque los malos espíritus roban todo el alimento que come. Así, para jugarles una buena pasada á los espíritus, ofréncenles un sacrificio, y mientras están ocupados en apacentarse con las ofrendas, ponen á los pies del muchacho campanillas cuyo sonido basta para alejar los malos espíritus y mantenerles á cierta distancia. No es raro, pues, ver negritos con las piernas cargadas de cascabels y hierros, peso insoportable para las tiernas criaturas.

Si el niño á quien se considera frecuentado por un espíritu malo, enferma y está próximo á morir, su madre le hace varias incisiones y pone en ellas pimienta, creyendo así hacer sufrir al espíritu y obligarle á que abandone el cuerpo del niño.

Si éste muere, echan su cadáver al muladar para que le devoren las bestias salvajes: con frecuencia la madre se encarniza en mutilar el cadáver del infantito, le golpea con una piedra, le corta una oreja, un brazo, amenazando al espíritu que le maltratará si vuelve, y le llama malvado, ladrón, etc.

Lo que contribuye á acreditar más y más este error, es que sucede alguna vez que otro niño al nacer lleva las señales de las heridas hechas al cadáver de su hermano mayor, á causa de que la imagen del niño mutilado ha quedado impresa en la memoria de la madre; pero los negros nada quieren saber de esta explicación, y conservan sus supersticiones, que á los fetiquistas les interesa mucho acreditar.

Estos espíritus malos tienen grandísimo poder sobre los cuerpos de los que se posesionan. Refiérese á este propósito que una mujer tenía su niño muy pequeño, al que acostumbraba dejar en la cabaña sobre una estera cuando iba al mercado.

Pues bien, sucedió que estando bien cerrada la puerta, desaparecía todo el alimento que dejaba. Además, una vendedora vecina le reclamaba cauríes que su hijo le había pedido prestados. La negra le mostró el hijo á quien amamantaba, acostado en la estera y harto pequeño para que pudiese andar. La vecina afirmaba por lo

menos que le había visto mucho más grande salir de la cabaña, acudir á quitarle los cauríes, comprar alimento y volver á su casa. Para poner en claro este misterio, el padre se ocultó sigilosamente en la cabaña, y cuando la mujer hubo partido como de costumbre, cerrando la puerta, el pequeñito se levantó, hízose súbitamente un muchacho grandullón, y empezó á registrarlo todo, tomó los cauríes, y se disponía á salir cuando el padre se mostró. A su vista el pícaro se convirtió de nuevo en niño llorando y gimiendo. Tales son los cuentos ridículos, en boga entre los negros, y que les mantienen en sus supersticiones.

Ibeji.

Cuando una mujer pare dos hijos gemelos, de ninguna manera se les mata en Porto-Novo, como así se practica en el Benín, pues los negros creen que estos niños tienen por compañeros genios parecidos á los que animan á los monos de una especie pequeña, muy común en los bosques de la Guinea. Estos niños al ser grandes no podrán comer carne de mono, y entre tanto la madre hace ofrendas á los monos del bosque, y les lleva bananas y otras golosinas para suavizarles.

Al enfermar uno de los niños gemelos, la madre consulta al fetiquista, quien invariablemente manda hacer un sacrificio en regla á los espíritus, á fin de que le dejen en reposo. La negra con el cesto bien lleno de licores, nueces, bananas y otros regalitos apetecidos por los espíritus, vase con sus compañeras y el fetiquista hace su ofrenda. Pónenla al pie de un árbol; aquel invoca á los espíritus, y cuando éstos manifiestan su presencia, todo el mundo se retira para dejarles comer en paz. Al cabo de algún rato vuelven para ver si los genios han encontrado de su gusto la ofrenda. Si todo ha desaparecido, ¡feliz presagio para la salud del niño! Bien entendido que el espíritu que acepta el sacrificio es un espíritu de carne y hueso que, prevenido de antemano, se ha ocultado en un lugar convenido.

Harmatau y genio de las langostas.

El genio del Harmatau, llamado Oyé, habita con el genio de las langostas en el gran templo oficial de Elegba, jefe de los genios malos. Este palacio está construido en el monte Igbe, cerca de las orillas del Níger. Cada año el gran fetiquista de Elegba abre las puertas de bronce del templo y ofrece un sacrificio solemne á todos los genios y á su jefe. Entonces el Harmatau sale y cubre toda la tierra; las langostas dirigen el vuelo á donde les impulsan los espíritus; y luego, según las órdenes del genio Oyé, Harmatau y langostas vuelven al templo.

Genio de Togo.

Cerca de Porto-Novo hay una laguna llamada Togo, que servía para las pruebas judiciales del tiempo de los antiguos reyes. Hoy ha perdido mucho de su crédito; Oncé le ha reemplazado.

La prueba consistía en conducir al acusado á la laguna, en un punto conocido por el fetiquista dedicado á este servicio. El acusado era arrojado al agua: si sobrenadaba, poníanle en la piragua declarándole inocente; y si no reaparecía, decíase que el genio de Togo le había muerto, y el día siguiente su cadáver estaba en la orilla en un estrado de bambúes donde le había depositado el dios.

La leyenda con que acreditan esta creencia es como sigue: Una negra iba á coger leña á orillas de la laguna para tener con que alimentarse y dar de comer á sus dos hijos. Pero, á pesar de todo su trabajo, con dificultad podía sostener su miserable existencia; fatigábase por sus dos encantadores negritos, que, ignorando las angustias de su madre, se divertían á orillas de la laguna. Un día la negra no volvió á ver á sus queridos hijuelos, y recorrió inconsolable las cercanías, buscándolos por todas partes: pero en vano hizo resonar los aires con sus nombres. El tiempo no calmó su dolor, y cada día iba á llorar á orillas de la laguna. El genio de Togo compadeciéndose de su dolor, y cierto día con grande asombro vió que se le acercaban sus dos queridos hijos, el cuerpo medio sumergido en el agua y nadando á la manera de los peces.

—Madre, le dijeron, no llores, pues somos aquí muy felices. El dios de la laguna ha tenido piedad de tí, que no podías alimentarnos, y nos ha recibido en su mansión, donde tenemos peces y comida en abundancia. Habitamos una hermosa cabaña en el fondo de las aguas; los peces se divierten al rededor nuestro, y cada día hacemos fiestas. Vé á decir al rey que el dios de Togo quiere que se le edifique un templo á orillas de la laguna de la que es guardian, y que se le ofrezcan sacrificios. El dios en cambio le hará conocer la inocencia ó la culpabilidad en todos los casos dudosos; pues todo acusado á quien se eche en la laguna, si es inocente no morirá; pero el culpable será arrastrado al fondo de las aguas, y su cadáver precipitado á la orilla.

En otro tiempo las lagunas se abrían cada año y todo el mundo iba á ofrecer presentes y sacrificios á los dioses y diosas que acudían á divertirse en la magnífica cabaña del dios de las aguas. De las lagunas se pasaba al mar, y despues de bailar y divertirse mucho, los hombres se volvían á sus casas, y el mar y las lagunas se cerraban. Mas desde que la mentira impera en este mundo el mar y las lagunas no se abren, y hay que contentarse con ofrecer sacrificios á los dioses á orillas de las aguas en los templos elevados para honrarles.

Otra leyenda acusa á un rey malvado del Dahomey de haber puesto fin á las comunicaciones de los hombres con los inmortales. Todos los dioses y diosas reunidos se divertían y bailaban, cuando este rey ordenó á sus amazonas que cogiesen á las diosas para llevarlas á Abomé é incorporarlas á su regimiento. Pero cuando las primeras se arrojaron sobre las últimas para cogerlas, todo desapareció, habiéndose cambiado las divinas dancantes en gotas de rocío. Desde entonces se está privado en este mundo de la vista de los inmortales.

AUSTRALIA.

TRABAJOS DE LOS PADRES AGUSTINOS EN EL VICARIATO DE QUEENSLANDIA SEPTENTRIONAL.

Un diario de Sydney da cuenta en los siguientes términos del largo y penoso viaje que á últimos del pasado mayo hicieron los Padres Agustinos por el Norte de Queenslandia en cumplimiento de su deber apostólico:

Mo se habrán olvidado nuestros lectores de cuán gustosamente y con qué placer anunciámos, poco tiempo há, la llegada del M. R. Monseñor Hutchinson, de la Orden de san Agustín, recientemente nombrado vicario apostólico de Queenslandia (Norte), con sus dos compañeros y hermanos en

Religion R. W. Fr. O' Byrne y R. J. D. Murray, á la Australia. Estamos seguros que la relacion del dilatado viaje por esta parte de la Oceanía verificado por los mencionados Padres Agustinos, ha de ser interesante por demás para nuestros lectores. Los misioneros han tenido calurosa y entusiasta acogida en todo el trayecto que han recorrido. Ya en Brisbane fueron recibidos cariñosamente por el dignísimo Obispo que la rige; el cual no titubeó en dejar las ocupaciones que traía entre manos, acompañándoles en las visitas que hicieron á las escuelas religiosas ó á los establecimientos de enseñanza religiosa de Brisbane, y hospedándolos en su misma casa durante la estancia de aquellos en la susodicha poblacion, mostrándose siempre afable y generoso; cualidades que caracterizan al Prelado brisbaniese. Al pasar por Townsville los Padres Agustinos, tuvieron ocasion de visitar al digno pastor de la misma, Padre Walrte, el convento, las escuelas, etc., dejándoles admirados así lo afable que se mostraba el referido Padre, como el bien grandísimo que hacia en la ciudad con ayuda de las devotas Hermanas de la Merced. Prueba evidente de los esfuerzos y del celo que los animaba era el orden y los esmerados trabajos que en las escuelas se notaban y la suma limpieza que reinaba en todas partes. Jueves 28 de mayo pusieron pié en tierra, en la playa de Cairus, los compañeros del Padre vicario apostólico juntamente con él. Cairus es la primera poblacion del vicariato á ellos encomendado; pero habiendo cogido de improviso á sus habitantes el arribo á la costa del P. Hutchinson y compañía, no pudieron manifestar ruidosa y exteriormente las simpatías que sus personas les merecian. No obstante, el recibimiento que se les hizo fué sinceramente entusiasta y con inequívocas muestras de amor, por parte de los católicos de la mencionada ciudad. A pesar de ser muy corta la parada de los misioneros agustinianos en Cairus, hubo suficiente tiempo para que éstos viesen la ciudad y visitaran un pequeño y ruinoso edificio ó de poca consistencia que habia hecho las veces provisionalmente de capilla consagrada al culto católico. Inmediatamente de aquí partieron á Port-Douglas donde encontró el Padre Vicario á una Comision de católicos que le instaban con súplicas saltase á tierra, porque los verdaderos creyentes de Port-Douglas ansiaban conocerle y manifestar el cariño respetuoso que se debe á los predicadores del Evangelio. Accedió á sus ruegos el P. Hutchinson, y apeándose con sus hermanos, fueron conducidos procesionalmente á la iglesia en medio de la nobleza católica del país y del P. Guerin. Allí pronunció un ardiente y entusiasta discurso el presidente de la Comision, contestándole con no menos fervor el Padre Vicario apostólico, dando las gracias por él y sus colegas á los representantes del Catolicismo en Port-Douglas. Una vez que hubieron recorrido los puntos más importantes de este pueblo y hecha la necesaria visita al clero que la administraba, se acercaron hácia la playa, para embarcarse de nuevo, en direccion á Cooktown, último punto de tan largo viaje (escortados, se supone, por escogido grupo de nobles católicos). El 30 de mayo muy de mañana llegaron al precitado lugar los reverendos Padres Agustinos, y á eso de las siete, ya los cristianos y la nobleza católica iban á recibirlos en la misma embarcacion. No bien aquellos entraron en Cooktown, se presentaron al Padre ex-pro-vicario, el cual como estuviese muy ocupado, á causa de un viaje que proyectaba á Roma, conferenciaron por poco tiempo

con él; y efectivamente el 31 de mayo salía de Cooktown el P. Fortini para la capital del orbe cristiano. Todavía no tenían en aquella ciudad los Padres visitantes habitación preparada; y mientras esto hacían, se sirvieron de las que les prestaban almas bien nacidas y amantes de la Iglesia. Gracias á Dios, la adquisición de una vivienda donde colocarse los Agustinos fué obra de muy contados días. El domingo 1.º de junio le fué presentado un me-

memorial al Padre Hutchinson por los cristianos de la susodicha población, respondiéndoles este dignísimo Prelado satisfactoriamente, y agradeciéndoles muy de veras el atento y cordial recibimiento con que les honraron á su llegada los moradores de Cooktown. Apenas pudieron visitar á su ilustrado y fervoroso clero. El R. Padre J. D. Murray se dirigió por Cairus el día 7 de junio á Herberton, celebrando misa al día siguiente en una capilla pobre, y sin concluir por añadidura; sin embargo, el pueblo á que pertenecía dicha ermita acudió con claras muestras de regocijo, la mañana y tarde del referido día 7. No hay escuelas ni mo-

rada para el clero en tan indigente población. El día 15 de junio llegó á Herberton el P. agustino Murray, al que esperaban ya, tres millas fuera de la ciudad, como unos treinta católicos de los más principales, quienes le condujeron á la iglesia para felicitarle y hacerle los honores de visitador. Y ciertamente, la entrada que ha tenido el R. P. J. D. Murray, al par que solemne, fué digna en todo y por todo de la ciudad Herbertoniense. Porque cuando esta supo por telégrama que aquel se

acercaba, á más de mandar salir á su encuentro á la precitada Comisión, preparó habitaciones é hizo lo posible para que durante su permanencia en el pueblo no le faltase ni bienestar ni comodidad alguna. Hemos dicho que preparáronse habitaciones al Padre agustino, porque la casa-Misión está aún para acabar y carece absolutamente del ajuar indispensable. Aunque Herberton no tiene tantos vecinos como las ciudades que llevamos

citadas, son éstos tan desprendidos, que en poco tiempo estarán completamente provistos de lo necesario la mencionada casa de Misión y la iglesia á fin de que los Oficios y ceremonias de nuestra sagrada religión puedan llevarse con facilidad á efecto, ó cumplirse con exactitud y devoción. Por lo menos nos consta que los individuos que han pedido limosnas para la pronta ejecución de las obras á ambas ciudades de Cooktown y Herberton, han tenido generosa y satisfactoria correspondencia, tanto que no tendrán que fatigarse mucho los comisionados para el indicado fin, gracias á la liberalidad de sus desprendidos habitantes. Por últi-



ZANGUEBAR.—Pueblo de la campiña de Bagamoyo.

mo, el P. Murray ha recorrido algunos distritos limítrofes, y en todos ellos ha sido acogido con la mayor atención y hasta con verdadera pasión por parte de sus moradores. El otro agustino, P. O'Byrne, ha empezado por preparar lo necesario para levantar una iglesia digna del pueblo de Cairus, patrocinando sus miras los católicos habitantes. Igual obra espera llevar á cabo en Mariborough, Harbour y en Johnson River, puesto que al hacer ahora la visita en los mencionados puntos, ha

quedado dispuesto lo necesario para su construcción. ¡Cuán consolador habrá sido para los beneméritos Padres Agustinos, que de tan luengas tierras han venido al Norte de Queensland á trabajar por la gloria de Dios, el encontrar intacta la fe de nuestros antepasados en tan apartadas provincias del mundo, viendo á sus feligreses con la acendrada piedad y con la generosidad que es propia y peculiar de los irlandeses, los cuales se han distinguido siempre por la defensa acérrima de la fe católica y por el espíritu de la hospitalidad! Sabemos, finalmente, que el R. P. J. D. Murray, tan pronto como le sea posible, visitará á Kingsborough y Thoruborough y aún los más remotos distritos de la línea de Herberton. Por de pronto, en arreglándose las cosas, pasará á Normanton y á Ethridge. A la verdad que lo trabajado todavía es muy poco, si se atiende á lo espacioso que se presenta el campo donde recoger abundante mies: así es que en el momento que la pequeña Mision de Agustinos se aumente y se refuerce con más crecido personal que el que al presente cuenta (lo cual no se hará de esperar largo tiempo, dados los varios conventos que poseen) podrán espigar sin dejar un grano en todo su vasto vicariato. No creemos decir ninguna temeridad, al anunciar tanto en lo material como en lo religioso, feliz porvenir á Queenslandia septentrional, bajo el cuidado y solicitud de la familia Agustiniana.

CRÓNICA.

España.—Ha llegado hace algunos días á esta capital, el señor vicario general del África central, enviado por su obispo Mons. Sogaro, á Europa, para recoger limosnas con que socorrer aquella Mision, una de las mas vastas, pobres y difíciles de cuantas hay en el mundo. Dicho señor va acompañado de un negrito de siete ú ocho años, quien fué robado con su madre y vendido. Ignórase el paradero de la madre, y su hijo fué rescatado por el precitado vicario general en Khartum por treinta y dos duros.

El fin particular de su colecta es el de rescatar tres sacerdotes misioneros, seis monjas de la Enseñanza, dos ayudantes de la Mision, y unos trescientos fieles, entre los cuales hay algunos catecúmenos; actualmente están todos cautivos en poder del Mahdí, enemigo encarnizado de nuestra santa fe. Esta lastimosa esclavitud dura hace dos años. Un sacerdote, dos monjas, y dos hermanos coadjutores de la Mision han muerto ya de miseria y de desolacion.

El expresado señor vicario general ha pensado, no sin razon, que la inmaculada Virgen Ntra. Sra. de la Merced, quien en otros tiempos dignóse bajar del cielo en esta capital de Cataluña para reanimar á S. Raimundo de Peñafort á que fundase una orden para rescatar los cristianos cautivados por los moros, inspiraria, hoy día, á corazones piadosos y generosos, á pesar de las imperiosas necesidades producidas por los terremotos de Granada y Málaga, la idea de ofrecer una limosna en favor de aquellas interesantes víctimas de la barbarie de los árabes y de los mahometanos.

Nuestro Excmo. é Ilmo. señor Obispo se ha dignado permitirle recorrer la diócesis para que la inagotable caridad de los fieles pueda aliviar ó traer eficaz socorro á tantos males.

Roma.—La anunciada publicacion del *Osservatore romano* sobre *La Propaganda y la conversion de sus bienes inmuebles por obra del Gobierno italiano* se ha publicado ya, y se compone de dos gruesos y elegantes volúmenes de 250 páginas cada uno. Constituye un soberbio monumento de la sabiduría de la Iglesia y de la estulticia del Gobierno italiano. Es un compendio de todo este desgraciadísimo asunto del despojo del admirable instituto de la Propaganda. En la primera parte se expone todo el plan de la institucion de la Sagrada Congregacion de *Propaganda fide* y de su orden interior, y se habla en distintos capítulos con mucha competencia, del gobierno y del orden de las Misiones; de los medios adoptados por la Propaganda para la diffusion de la Fe; de la accion desplegada entre las naciones idólatras ó heterodoxas por la Propaganda en Asia, China, Indo China, en la India de la parte de acá del Ganges, en África, en la América septentrional, en el Canadá, en la América del Sud y en la Oceanía; y se explica cuál y cuánta sea la influencia nacional y universal de la Propaganda. La erudicion y la variedad de las materias expuestas en esta primera parte es sumamente agradable aún para los menos benévulos con la Iglesia católica, especialmente en su parte histórica, geográfica y etnográfica.

En la segunda parte de la publicacion se examina la cuestion acerca de la conversion de los bienes inmuebles de la Propaganda, demostrándose la injusticia y la ilegalidad del proceder del Gobierno italiano; se mencionan los actos de la Santa Sede sobre esta materia: la Nota del ministro de negocios extranjeros acerca de las reclamaciones de la Santa Sede; la Circular del Cardinal-secretario de Estado de Su Santidad, ampliada con oportunas y doctas consideraciones. Dase un cuadro de la opinion pública en todo el mundo, manifestada por los periódicos de todos los países y colores políticos, desfavorable á la sentencia del Tribunal italiano, que mandó la conversion de estos bienes. Se da cuenta de la discusion que tuvo lugar en la Cámara de los diputados de Italia y del discurso correspondiente del ministro Mancini, que se refuta amplia y sólidamente. Siguen por último las protestas del Episcopado católico contra la sentencia de la conversion de los bienes de la Propaganda, entre las que figuran magníficamente las del Episcopado español.

Es en suma una publicacion interesantísima, que da justa idea de la iniquidad y del gravísimo error cometido por el Gobierno del rey Humberto en este asunto de la Propaganda, y que prueba cuánto puede en los hombres de estos tiempos la pasion anti-religiosa y de partido ó por mejor decir, de secta. A los muchísimos para quienes el nombre de la Propaganda es venerado y querido servirá esta publicacion para mantener vivo en su ánimo el afecto á esta maravillosa Institucion; y porque ella ha puesto en salvo fuera de Italia los nuevos subsidios que le llegan de los fieles, y le inducirá á prestar socorros con toda confianza en la noble y ardua mision de fe y de civilizacion que á la Propaganda está encomendada por los Pontífices.

—El Padre Santo ha nombrado por Breve:

Arzobispo de Oregon, en los Estados-Unidos de la América del Norte, á Mons. Gross, trasladado de la silla episcopal de Savannah.

Vicario apostólico de Mangalore en las Indias Orientales, á Mons. Juan Bautista Pagani, jesuita.

Vicario apostólico del Chan-tong, en China, á Monseñor Benjamin Geremia, que reemplaza al difunto Mons. Così.

—Por credencial de la Secretaría de Estado de Su Santidad ha sido nombrado consultor de la Sagrada Congregacion de Propaganda el Rmo. D. José Pennacchi, rector del Seminario de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo para las Misiones extranjerías, del cual ha de salir la Mision romana para el Chen-si.

Esta Mision ha debido ya marchar mañana con rumbo á Brindis, donde se embarcará en un vapor de la Compañía Peninsular, para China.

—Ha vuelto á Roma, del Canadá, Mons. Smeulders, cisterciense, que fué enviado allá en calidad de comisario pontificio para allanar algunas dificultades y esperanzas suscitadas entre los católicos canadienses, ya por la conocida cuestion universitaria entre Quebec y Montreal, ya por la division en dos de la diócesis de Tres-Ríos.

Por desgracia témesese que, á pesar de su tino y habilidad, no haya conseguido Mons. Smeulders aplacar por completo aquellas deplorables disensiones.

—Dentro de pocos días se espera en Roma á Mons. el Obispo de Arlem, en la Holanda, acompañado de uno de los principales redactores del *Tid*, excelente periódico católico holandés, que está hasta cierto punto bajo la dependencia del episcopado católico de los Países Bajos.

Emuy (China).—El P. José Valls, dominico, escribe desde aquella lejana Mision :

«Grande y agradabilísima fué la sorpresa que nos causó el recibo de la famosa Encíclica de Leon XIII invitando á todo el orbe católico á implorar el auxilio de la santísima Virgen por medio de su santo Rosario para remedio de tantos males como afligen á la sociedad. En verdad que un hijo de santo Domingo no podía menos de sentir latir su corazón al impulso de las más dulces impresiones al ver tan ensalzada y recomendada una devoción que es nuestra más preciosa herencia y nuestro más dulce consuelo en todos nuestros trabajos. ¡Que la santísima Virgen ampare y consuele siempre al gloriosísimo Pontífice que tanto se desvela por extender su devoción y culto!

«Bien quisiera poder retratar aquí el entusiasmo y el fervor con que estos pobres neófitos celebraron la fiesta del santísimo Rosario: todo fué extraordinario para responder á los deseos del Santo Padre. Ocho días antes de la fiesta se empezó el novenario, durante todo él se celebró misa solemne precedida de una parte de Rosario; despues de la misa era la novena con sus gozos semitonados á modo chino; por la tarde se rezaba otra parte de Rosario, se cantaba la Letanía Lauretana acompañando con el armonium el P. Sainz, que predicaba todas las tardes, concluyendo todos los días con la novena, por la tarde también, y el canto de los gozos; al cubrir la imagen de la santísima Virgen las Madres Canosianas cantaban el *Ave*, y así terminaba la fiesta.

«Para el día principal se adornó la iglesia lo mejor posible, se prepararon fuegos artificiales y una bonita iluminación en la fachada de la iglesia. La víspera fué de gran trabajo, pero también de gran consuelo á causa de las muchas confesiones.

«Llegó por fin el día deseado, los que estaban prepa-

rados para recibir el Pan de los Angeles se acercaron á la sagrada mesa y á las ocho empezó la misa solemne, cantando los portugueses acompañados por el P. Sainz con el armonium el *Salutaris hostia*, que duró hasta el *Pater noster*, y al fin el *Laudate Dominum omnes gentes*. Por la tarde terminada la novena se empezó á organizar la procesion; precedían la cruz con los ciriales; dos banderas; chinos alumbrando el rico estandarte de María santísima, cuya bella imagen con la de santo Domingo y santa Catalina de Sena estaban pintadas al óleo; seguían las niñas de la Santa Infancia y señoras europeas presididas por las Madres; luego la primitiva imagen de María santísima colocada en hermosas andas adornadas de vistosas ramas de flores y llevada por cuatro señores europeos; todos los demás europeos que aquí hay rodeaban al preste, cerrando así la procesion. Recorrió ésta el extenso patio de la iglesia y casa-Mision; cantaban los europeos, como también las niñas de la Santa Infancia y las Madres, que las presidían. Terminóse la funcion religiosa con la bendicion del santísimo Sacramento y las armonías del *Ave Maria*.

«Qué sentía en aquellos momentos felices el corazón, ni puedo ni quiero intentar describirlo, porque por mucho que dijera siempre el cuadro resultaría pálido; oír á tantos miles de voces aclamar una y otra vez llena de gracia y bendita entre todas las mujeres á la Reina serenísima del empero, ver tremolar gloriosísimo el estandarte santo de la cruz en medio de un pueblo sentado aún en su mayor parte en las sombras de la muerte... todo esto llenaba el corazón de alegría al mismo tiempo que sumía el espíritu en tristes y profundas meditaciones.»

Ke-Roy (Tung-king).—El P. Antonio Colomer, dominico, escribe con fecha 26 de abril de 1884:

«Este Tung-king se halla al presente como la mar des pues de borrascosa tormenta, en que el oleaje hace aún bambolear á la nave. Lo principal está ya sometido; pues aunque quedan algunos chinos y anamitas, enemigos declarados de la Francia, que robando y atropellando los lugares por donde pasan, son el terror y el espanto de los pueblos indefensos, esos, en mi juicio, más que como tropa efectiva deben ser considerados como partidas de bandoleros. Hoy mismo el coronel de esta provincia ha tenido que enviar treinta soldados á Ke-Ne con el objeto de custodiar aquel pueblo, residencia antigua del vicario apostólico, pues las noticias que de aquella parte se habían recibido eran bastante alarmantes.

«No hace mucho que una turba de revoltosos prendió y cortó la cabeza al mandarin de una prefectura poco distante del citado pueblo. En Ke-Roy, gracias á Dios, seguimos en paz, pero no me atrevo á asegurar que sea estable y duradera. Como entre los franceses y la oficialidad anamita no se nota la mutua y cordial confianza que sería de desear, no es extraño que los alborotos y trastornos continúen, sobre todo en los puntos, donde la fuerza de las armas francesas no domina todavía.

«Escritas hace algunos días las anteriores líneas mis múltiples obligaciones me precisaron á interrumpir la carta. Hoy 2 de mayo, día de grandes recuerdos para todos los españoles, quiero concluirla.

«Las noticias más interesantes del momento son las siguientes: los franceses se apoderaron ya de la capital de la provincia de Hung-hoá. Pudieron haberla toma-

do sin disparar un tiro, pues la resistencia fué nula, pero llevaban ya seis horas de bombardeo, cuando se apercibieron de la fuga de los chinos. Aún no han tomado las provincias de Caobang y Langson situadas en la parte confinante con la China. La que han tomado ya por dos veces es la capital de la provincia Thei-nguyen, pero habiéndola abandonado, los chinos han vuelto á dicha capital, y tanto ellos como algunas cuadrillas de malhechores han causado en ella daños incalculables. Los cristianos de la provincia de Tang-hoa pertenecen al vicariato occidental administrado por los misioneros *ad externos*. Como Tang-hoa pertenece á la familia reinante en Tung-king, quería la corte anamita, que esta provincia no estuviera sujeta á los tratados ajustados con la Francia. Cuando el año pasado estuve en Hac-noi.

me suplicaron los legados regios hablara á los jefes franceses en este sentido. Así lo hice; pero no es fácil que la Francia acceda á los deseos de la corte de Tung-king, pues no media entre las dos potencias la confianza que sería de desear. Estoy persuadido de que los chinos y anamitas con su torpe proceder están precisando al Gobierno francés á que poco á poco, y casi sin sentirlo, se vaya apoderando de todo Tung-king; y tengo también la convicción íntima de que todas estas calamidades son un castigo visible de Dios por el odio tenaz é inveterado que tienen á la Religión y á los cristianos.»

El mismo Padre escribe con fecha 2 de mayo:

«Con la división del vicariato esta última temporada nos hemos ocupado en buscar puntos de residencia para irnos colocando. Ayer quedó determinado el lugar que



ZANGUEBAR.—Avenida de un pueblo en la campiña de Bagamoyo.

cada uno debemos ocupar. Su humilde servidor se ha establecido en este pueblo llamado Ke-Roy ó Xecan-Hoá, el Padre Vicario, Rdo. Foronda, en Ke-Né, y el P. Velasco en Daongan, cerca de la capital, donde hemos comprado terreno y donde provisionalmente construiremos un Colegio para los moralistas. Tal vez más adelante le convirtamos en residencia del Padre Vicario provincial.

«También pensamos comprar en la misma capital algo de terreno; y si bien por ahora sólo hemos determinado edificar una casita para celebrar el santo Sacrificio cuando los asuntos de la Mision nos obliguen á permanecer allí, con el tiempo es verosímil que se establezca en ella el vicariato apostólico.

«El P. Wenceslao, que desempeña el cargo de procu-

rador del vicariato, continúa en su antigua residencia.

El P. Iglesias sigue en Ke-Né afanándose por poseer lo más pronto posible el idioma.

«A pesar de las azarosas circunstancias que atravesamos no descuidamos los intereses religiosos, único objeto que nos condujo á estas apartadas regiones.

«Hasta la hora presente hemos hallado en los militares franceses muestras de respeto y cariño. Verdad es que procuramos ayudarlos en todo aquello que no desdice de nuestro sagrado ministerio; pero también es cierto que oficiales y soldados se muestran agradecidos. Como la guerra era contra los rebeldes á los tratados celebrados en la corte, nuestra posición no podía menos de ser más desembarazada que cuando los Gobiernos se disputaban el campo.

¡Ojalá que el triunfo de las armas francesas sea á la vez el triunfo de la Religión: pues los enemigos de la Francia eran tambien enemigos de todos los europeos y de todos los cristianos! Testimonio da de ello lo ocurrido á los misioneros franceses, á sus catequistas y cristianos. Y si por la misericordia de Dios la tormenta no arreció en nuestros vicariatos, algunos relámpagos hemos visto y algunos truenos hemos oído, que nos indicaban lo formidable é imponente de la tempestad.

«Sin sentirlo he hecho una reseñita del vicariato. ¿Qué más falta? ¡Ay! La miés es mucha, y los trabajadores pocos. El principal motivo de dividir el vicariato oriental fué el abrir Misiones. Para esto es de absoluta necesidad más personal y menos escasez de recursos pecuniarios.

«En la actualidad sólo tiene este vicariato cinco Padres europeos. Uno de ellos, el P. Iglesias, no posee todavía el idioma, y aunque es cierto que trabaja lo que puede, es imposible que trabaje tanto como trabajará cuando lo domine. Hay otro, que es este pobre pecador, que se va acercando á pasos agigantados hácia el término de nuestra peregrinacion. Y bien sabido es que trasto viejo y vieja inutilidad, son sinónimos. Desde el Domingo de Ramos hasta el día de Pascua me ví precisado á abandonar los negocios y ponerme en las manos de los discípulos de Galeno. Ahora, gracias á Dios, me hallo bastante mejorado. Digo todo esto para que se nos procure algun refuerzo de personal, que nos ayude en las Misiones que vamos á abrir. La guerra ha

hecho estragos espantosos, de suerte que nuestros neófitos se hallan en su mayor parte sumidos en la miseria. Hay tambien que fundar hospicios, cooperar á la apertura de escuelas, fijar residencias en las nuevas Misiones de Thai-ngunguen, Cao-bang y Lang-song, que como he dicho anteriormente, se abrirán muy en breve, y como todo esto no puede hacerse sin gastos, es indispensable que se nos procure remitir algunas limosnas

para remediar tantas necesidades.

«Días pasados subieron los franceses por tercera vez á las alturas de Thai-ngunguen, estableciéndose allí con el fin de que los chinos abandonen por completo la provincia. Los cristianos que se habian escapado, buscando seguridad en otros puntos, van volviendo á sus hogares. En esta provincia de Bac-ninh, aunque se va consolidando la tranquilidad, todavía los bandoleros hacen de las suyas. Los que lo pasan menos mal son los cristianos; pues los bandoleros, ya por temor á los franceses, ya tambien por cierto respeto á los misioneros europeos y á los sacerdotes indígenas, no se atreven con ellos como con los gentiles.

«Dichos ladrones son gente traviesa del país, quienes aprovechando la anarquía consiguiente á la fuga de los mandarines, han querido medrar á costa ajena. Algunos, como es natural, se les han agregado para vengar injurias particulares. No es gente de grandes planes políticos. Les gusta figurar, robar, vengarse, etc., pero la sola presencia del misionero les impone; en fin, chiquillos revoltosos de mala índole. Nosotros nos valemos



ZANGUEBAR.—El regreso de la caza. (Pág. 323 del tomo anterior).

del prestigio y ascendiente que sobre ellos tenemos, para exhortarles á que abandonen su mal modo.

«Cuando los chinos dominaban en esas provincias nos veíamos precisados á vivir en lo más recóndito del vicariato. Los que más han padecido son, sin duda alguna los misioneros franceses, muy principalmente los del *Laos*.»

Tung-king oriental.—El P. Tomás Guirro escribía el año próximo pasado al Padre Provincial:

«Este vicariato oriental, como ya sabe V. R., antes de ser dividido constaba de 24 distritos, es decir, de 11 en el Norte y de 13 en el Este; habiéndose de aquellos formado el nuevo vicariato, quedaban 13 en el oriental. Mas viendo el señor vicario apostólico que había algunos distritos bastante extensos y de administracion difícil, formó 5 distritos más para facilitarla, que son: el distrito de Kim-bich, el del Rua, el de Xuanlai, el de Lieu-dinh y el de Hao-xá, que entre todos son 18, casi igual número al de antes de la division. Mas como se han aumentado los distritos sin que se hayan aumentado los operarios, resulta que el trabajo es mayor. Para el cuidado de todos ellos sólo somos el señor vicario apostólico, 3 misioneros religiosos europeos, 3 religiosos indígenas y 11 sacerdotes del clero secular, pero algunos de éstos casi no pueden hacer nada. A los tres europeos nos es imposible llenar el vacío que dejaron los misioneros trasladados en la division del vicariato. El P. Félix reside en Hai-phaong, algo falto de salud: bien quisiera yo que saliera de allí, y se trasladase á otro lugar de más tranquilidad y de menos trabajo, pero no hay quien le pueda sustituir. Desde un año á esta parte se han puesto las cosas de tal modo, que en Hai-phaong ha de estar un Padre misionero europeo de una salud muy robusta, ó sino no puede vivir allí, porque este Padre á la vez que debe servir como de procurador para los tres vicariatos de la Orden (pues todo lo que entra en los tres vicariatos ha de pasar por sus manos), está al cargo de los europeos, incluso los militares, de quienes es capellan, así como del hospital, y de las Hermanas de la caridad, y además ha de atender á muchos negocios que de los vicariatos van á él, y de los que le es muy difícil prescindir.

«El P. Lucas Miguel dirige el Colegio de latin, de un distrito, y el beaterio y hospicio de la Santa Infancia, lo que basta para acabar la salud más robusta. De los tres Padres religiosos indígenas uno está en el Sat, y otro en Yen-trí, en donde antes había dos misioneros europeos; pero de ningun modo pueden regirlos como sus predecesores: el otro religioso indígena es ya muy anciano, por lo cual no puede dedicarse al ministerio. En la capital de esta provincia oriental el señor vicario apostólico no basta; es necesario que haya un Padre europeo que esté con S. S. I. por causa de la guarnicion francesa, y Colegio de moral que hay en ella. En la capital de Quang-yen hay otra guarnicion; por lo mismo convendría colocar otro Padre europeo allí ó cerca, para administrar al mismo tiempo á los soldados católicos. El distrito de Dong-xuyen hace muchos años que ha estado regido por misionero europeo; el V. señor Hermosilla residió en él hasta que el P. Fr. Juan Viadé por obediencia lo dejó. Los cristianos lo desean mucho; como todavía no lo han conseguido, desde que V. R. giró su visita por Nam-am, siguen instando en sus súplicas.

«Me parece que será muy conveniente para el bien de las almas fundar escuelas de niños y niñas en Hai-phaong, para que los hijos de los europeos, que ya son muchos, reciban buena instruccion en su niñez; y para esto tambien se necesita personal y otros medios.

«En Hai-phaong, que es el foco, digámoslo así, de la poblacion europea, deberíamos levantar una capilla algo decente, para estimular á los católicos al cumplimiento de los deberes que contrajeron al recibir el santo Bautismo, y á todos al culto del verdadero Dios.

«Durante el año precedente, por causa de la guerra hemos tenido algunos sustos y algunas corridas, lo que ha estorbado algun tanto nuestro ministerio y la conversion de los gentiles, y en dadas ocasiones nos ha hecho temer perdiéramos en pocos días muchas cristianidades cuya fundacion había costado muchos años. Mas ahora, gracias sean dadas al Altísimo y á la santísima Virgen del Rosario, aquellos temores han disminuido, apareciendo la esperanza de que dentro de poco todo este territorio estará pacificado, quedando nuestro campo otra vez expedito para trabajar como antes en el ministerio de las almas.

«Quiera Dios que así sea y que los operarios de su viña se multipliquen cuanto la necesidad lo reclama, para que la luz indeficiente de la verdad disipe las sombras del error.»

Tung-king occidental (Anam).—El Ilmo. Puginier, vicario apostólico, escribe desde Ha-Noi el 9 de noviembre último:

«Han transcurrido ya diez meses largos que 7 misioneros, 1 sacerdote indígena, 63 catequistas, 200 cristianos han sido asesinados, y que más de 100 cristianidades han sido consumidas por las llamas ó saqueadas, lo más oficialmente posible, en pleno día, durante más de una semana, por los mandarines obrando conforme á las órdenes de su Gobierno, y no se ha verificado represion alguna ni se nos ha hecho justicia. Las pérdidas de la Mision ascienden por lo menos á 250,000 pesetas, las de nuestros cristianos á más de un millon, y gran parte de esos bienes robados están todavía en poder de los culpables.

«Despues de tales atrocidades, el país indignado esperaba una represion pronta y severa. Los mandarines, autores de estos crímenes, y la Corte de Hué, que había dado orden de cometerlos, se asustaron un momento de su gravedad y de las consecuencias que pudiera tener para ellos. A las primeras reclamaciones oficiales que se les han hecho, han contestado atenuando la gravedad de los hechos y prometiendo hacer justicia. Su objeto era ganar tiempo, tratar la cuestion por la diplomacia, y hacer que cayese poco á poco en el olvido. El primer regente, principal motor de la conspiracion, como lo había sido de los asesinatos y del saqueo que en 1874 affligieron á mi Mision, á consecuencia de la expedicion del Sr. Garnier, recuerda que en aquella época logró hacerse perdonar todos sus crímenes y que nos abandonase el Gobierno francés, que entonces no exigió para nosotros reparacion alguna. Este mandarin superior para nada ha tenido en cuenta las promesas hechas á los representantes de nuestra patria, y la sangre de los misioneros franceses, de los sacerdotes y cristianos muertos en represalias de la ocupacion del Tung-king, hasta hoy ha quedado sin vindicacion alguna.

«En el país todos se extrañan de ese silencio acerca

excesos tan graves, y creen que Francia nos abandona. Nuestros enemigos, envalentonados por su impunidad, no cesan de vejear á los neófitos de las parroquias asoladas. Aquí los asesinos de los sacerdotes obligan á los cristianos sin apoyo á firmar un documento en el que se atestigua su inocencia. Allí ladrones que, sin restituir cosa alguna, se hacen entregar recibos probando que los bienes arrebatados han sido devueltos; y todo esto se hace con la influencia de los mandarines y bajo el imperio de la amenaza.

«Ayer una carta me anunciaba que las Autoridades anamitas de Thanh-hoa obligan á los cristianos arruinados á suministrar soldados y á pagar el tributo, cuando gran número de ellos, dispersos á consecuencia de las matanzas, no habían podido sembrar sus campos, que los paganos han cultivado por cuenta propia. El misionero del distrito ha reclamado, pero los mandarines han contestado que no podían dispensar á los cristianos de los impuestos.

«Uno de los efectos más graves de la falta de represión de los asesinatos y del saqueo, es la destrucción de muchas cristiandades del distrito inferior de los Chau y Laos, pertenecientes á la provincia de Thanh-hoa. Allí fueron asesinados dos misioneros y veinte y tres catequistas en enero último, y los neófitos fueron arruinados y cruelmente maltratados. Los culpables viéndose impunes, á fines de octubre han asolado segunda vez muchas cristiandades. Los infelices perseguidos han tenido que abandonar sus montes y dirigirse á la llanura á tres jornadas de distancia, para echarse en brazos de la Misión. A pesar de nuestra pobreza y de los enormes gastos que nos ocasiona la ruina de gran parte de las parroquias de la Misión, no abandonaré ciertamente á esas nuevas víctimas del odio contra la Religión. Les he remitido ya socorros, y he dispuesto que algunos catequistas velen por ellos.»

APUNTES HISTORICOS

SOBRE LA FUNDACION DEL COLEGIO DE SAN CARLOS Y SUS MISIONES EN LA PROVINCIA DE SANTA FE (AMÉRICA MERIDIONAL).

I.

De unos Apuntes históricos sobre la fundación del Colegio de san Carlos y sus Misiones en la provincia de Santa Fe, y particularmente acerca los trabajos realizados en ellas por los misioneros Franciscanos, que ha escrito recientemente el P. Fr. Vicente Caloni, actual prefecto de Misiones, extractamos importantísimos pasajes que leerán con gusto nuestros lectores.



A Providencia divina, dice el misionero franciscano, que llamaba á Colon al convento de la Rábida para que el humilde hábito de mi Orden animase al ilustre genovés á no desmayar en su noble ideal de regalar un nuevo mundo al viejo continente, inspiraba á Carlos III, para que enviase misioneros franciscanos á esta parte privilegiada de la América del Sud, la República Argentina, para que por medio de la civilización cristiana de su población criolla é indígena, perpetuasen la conquista.

Los Padres Franciscanos no tenían en aquel tiempo casas de Misiones en esta República; y á causa de la expulsión de los Padres Jesuitas, no sólo los indígenas, sino también las poblaciones criollas se hallaban sin el alimento necesario espiritual, y expuestas las unas á

embrutecerse, y las otras á guardarse internadas en sus bosques, entregados á la superstición.

Los reyes de España, que no sólo miraban al engrandecimiento material de sus Estados, sino el afianzamiento moral de las instituciones por medio de la predicación del principio religioso que naturalmente debía producir las reformas de las costumbres y en los pueblos el respeto y obediencia á sus mandatarios, siempre tuvieron un particular desvelo en procurarles los medios necesarios para su moral instrucción.

Todas las Repúblicas de Sud-América tenían sus apóstoles Franciscanos de oficio; sólo la República Argentina carecía de ellos; pero hé aquí que el Monarca español no se hace esperar.

La iglesia de los Padres Jesuitas de San Miguel del Carcarañá, después de la expulsión de éstos, se hallaba vacante, y con eso privados sus queridos súbditos del pan del Evangelio. El Rey determinó repoblarla con nuevos apóstoles que llevaran la reforma de las costumbres en el pueblo creyente y la voz del Evangelio en las naciones infieles.

¡Qué diferencia de tiempo; qué diversidad de costumbres! En aquellos tiempos tachados de oscurantismo, se regían á los pueblos no sólo con las leyes civiles, sino que éstas repetían toda su fuerza y valor de la moral del Evangelio; y la sociedad basada sobre esas sólidas enseñanzas se encontraba fuerte y robustecida con ellas, sin temer los pueblos convulsiones intestinas y los gobernantes afianzados en sus tronos: con ellas los pueblos reconocían deberes sagrados con la Autoridad, y ésta para con los pueblos, y de este sublime consorcio de autoridad y pueblo nacía el bienestar de los Estados, la felicidad de las naciones y la moral de los individuos.

Hoy, roto este lazo admirable, despreciada la autoridad civil, perseguida la Iglesia en lo más sagrado de sus dogmas, se pretende gobernar á los pueblos con los derechos de la fuerza, arma desconocida hasta de la sociedad pagana, pues ella ponía por base de su sociedad, aunque injustamente, la moralidad de sus dioses.

Pero también, ¡qué diferencia de resultados! Entonces bastaba la promulgación de una ley para que el pueblo la acatase y respetase; hoy al contrario, las leyes se han multiplicado hasta el fastidio, y su respeto es debido á millares de bayonetas, y si éstas no bastan, ahí está la metralla como última *ratio*.

¡Justo Dios en sus divinos consejos! Despreciada la autoridad de la Iglesia en su divina enseñanza que como Madre amorosa siempre ha llamado á los pueblos al deber y al respeto, la autoridad ha perdido todo su brillo, y los tronos vacilan y tiemblan á la sola idea de un furor popular.

Según dando mi Orden las justas aspiraciones del Monarca español, con oficio de fecha 15 de octubre de 1784, al Padre ministro provincial y venerable difinitorio de la provincia de la Asunción del Paraguay, le comunicó la determinación Real; y al mismo tiempo que ordenaba la toma de posesión de la casa de San Miguel del Carcarañá, fundó el Colegio de san Carlos y nombró superior interino al P. Fr. Francisco Atolaquirre.

Basada la fundación del Colegio de san Carlos de *Propaganda fide* de misioneros Franciscanos, sobre sólidos antecedentes y necesarios requisitos, el año 1780 tomó posesión de la casa de San Miguel del Carcarañá,

á nombre de mi Orden Seráfica, el P. Juan Matud, y con ella quedó establecido el Colegio de san Carlos de *Propaganda fide* de misioneros Franciscanos (1).

Todo, pues, estaba pronto para entrar en campaña; y aunque el Colegio tuviera á su cuidado las diseminadas poblaciones desde el Arroyo del Medio hasta Santa Fe y donde quiera se presentaran las necesidades espirituales de los pueblos, carecía de su principal objeto, cual era la conversion de los infieles; porque las diversas reducciones indígenas en las Fronteras de Santa Fe, estaban á cargo de otras Religiones.

Pero Dios, que habia enviado á san Francisco Solano á evangelizar estas regiones, quiso que sus hermanos compartieran con él los sufrimientos y sacrificios del apostolado.

Cuando menos el Colegio de san Carlos lo esperaba, se halló en posesion de las Reducciones indígenas que contaba la Provincia de Santa Fe.

En consecuencia de las notas cambiadas y expresa conformidad del superior de la Orden de la Merced en ceder sus derechos á los misioneros de san Carlos, las reducciones de Espin y San Jerónimo, pasaron definitivamente á cargo de los Padres misioneros Franciscanos.

Pero como el recibo de las Reducciones de San Jerónimo y Espin debía servir de norma para las demás que en lo sucesivo se fundasen, juzgaba conveniente este Discretorio hacerle algunas observaciones sobre el régimen espiritual de las mismas á saber: que fueran en todo gobernadas como en los demás Colegios con sus independencias y privilegios; y aunque esto se desprendía de un oficio recibido, sin embargo no fué declarado así hasta el año 1797 en un nuevo oficio del señor virrey D. Antonio Olaguer Feliu; por el que el expresado virrey no sólo ponía bajo la jurisdiccion del Colegio de san Carlos las mismas Reducciones en las condiciones que éste pedia, sino tambien los que en adelante se establecieran en las vastas regiones del Chaco de la Frontera de Santa Fe.

Recibidas las dos Reducciones, y enterado el superior Gobierno de la actividad y celo con que los Padres misioneros Franciscanos atendían á la conversion, moralizacion y civilizacion cristiana de esos naturales, á cuyo efecto no perdonaban privaciones y sacrificios de ninguna clase, resolvió en oficio de 1812, entregarles tambien las Reducciones de indios *Mocovies* de San Javier y San Pedro.

Aceptados los nuevos cargos, que la nacion y los fines del mismo Colegio le imponían, el prefecto de Misiones procedió á tomar posesion real de las reducciones á él confiadas.

No me es posible determinar el número de indígenas de que se componía cada una de las Reducciones, porque los datos estadísticos no se encuentran en esta Prefectura. Sin embargo, puedo asegurar que no bajaría de quinientas almas cada una de dichas Reducciones.

El Colegio de san Carlos, pues, se hallaba en posesion de las Misiones, con todas las condiciones y requisitos necesarios, en los que funda su derecho, sostenidas con sacrificios y abnegacion inquebrantables.

Para poder apreciar su verdadero valor, debe el lector remontarse con su imaginacion al último tercio del siglo pasado y descender al primero del presente.

El Colegio de san Carlos en aquel tiempo era el único que, por medio de sus apóstoles, mantenía viva la lu-

minosa antorcha de la fe en las poblaciones, por medio de su ejemplo y austera virtud.

Él era quien llevaba el consuelo de la piedad y de la religion á la humilde choza del campesino; quien evangelizaba al pueblo desde la cátedra sagrada; quien amparaba al pobre menesteroso, dividiendo con él el pan para su necesario alimento; quien cruzaba sin temor á las intemperies, los incultos campos, desde San Lorenzo á la Cruz Alta; de ésta al Arroyo del Medio y desde éste á Santa Fe; atravesando muchas veces el Paraná para penetrar á la boscosa provincia de Entre-Ríos, mientras otros de sus hijos se dirigían á la de Buenos-Aires, siempre ansiosos por beneficiar á los pueblos y prestarles con voluntad edificante los beneficios de su religion y virtud.

Que los pueblos agradecieron esos sacrificios de abnegacion y humildad cristiana, lo comprueba el crecido número de personas respetables que de todas partes acudían á ese mismo Colegio para ofrecerle manifiestos testimonios de veneracion y respeto.

Los pobres campesinos, en especie de conmovedoras romerías, acudían de apartados lugares, rodeaban ese baluarte de fe y no se retiraban mientras no habían cumplido con sus deberes religiosos...

San Jerónimo del Rey (ó sea Reconquista) dista 80 leguas de Santa Fe; Espin 50; 30 San Javier, y 40 San Pedro.

El terreno es inculto; lleno de bosques poblados de fieras é indios salvajes.

Allí es el teatro de sus fatigas y labores; allí se dirigen sus hijos. ¿Pero cómo? ¡Ah! ¡cuántas veces, desconociendo el camino, el misionero se habrá perdido en aquellas espesas selvas y bosques inmensos é impenetrables!

¡Cuántas veces, no acostumbrado al caballo, habrá caído rendido de cansancio bajo la fresca sombra de los seibos, sin esperanza de ningún auxilio humano, en medio de una solitaria naturaleza que aumentaba el cuadro sombrío de su afliccion!

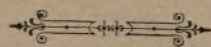
¡Cuántas veces, acometido por las fieras del desierto, habrá estado expuesto á perder su vida cuando él se dirigía humanitariamente á salvar la de su prójimo!

¡Cuántas veces, aún en su propia Reduccion, habrá estado expuesto á perecer de hambre y de necesidades!

¡Cuántas veces, estando enfermo, se habrá visto sin tener quien le prestara auxilio alguno y menos quien le suministrara el necesario alimento!

Este es, lector, un pálido bosquejo de los trabajos de los hijos de mi Colegio. Empero, oirás decir más de una vez: «¿Para qué sirven los Padres misioneros? Ya no los necesitamos.»

Si debiera contestar, yo diría: que los Padres misioneros fueron aquellos que, navegando sobre débiles bajeles, sin tener la menor nocion de náutica y aún sin brújula, se dirigieron á estas desconocidas playas, para darles una civilizacion que les educó desde la cuna y los formó hombres capaces de dirigirse y gobernarse; que ellos le entregaron célebres universidades, populosas y civilizadas ciudades, para dirigirse en seguida á los centros de la barbarie, para regalarles ricas provincias, y por último, emprender con más ardor, otras nuevas é idénticas conquistas.



(1) El actual Colegio de san Carlos se fundó el año 1786.